

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 4 de Junio de 1899.

Número 23

SALON DE PARIS.



ENTRE FLORES.

RIGWAY KNIGHT.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Con motivo de la representación de algunas zarzuelillas mexicanas vuelve á la prensa el manoseado problema de nuestras aptitudes para el humorismo.

La gracia es la médula de este teatro ligero que tanto ascendiente ha tomado en España y entre nosotros. Y aquí está precisamente la cuestión: ¿podemos ser artísticamente graciosos?

«Extraño—hacia notar hace algún tiempo un articulista—que los literatos de la generación actual, tan regocijados y alegres en los paliques, se enscrien al tomar la pluma y pongan en el risueño rostro de Momo, á fuerza de retocamientos inútiles, un gesto doloroso.» La verdad es que aquí no me parece este fenómeno tan extraño.

Creo percibir que nuestros poetas modernos carecen de gracia nativa, de alegría ingénita, y aunque en ligeras conversaciones de calle lancen el chiste oportuno, envuelto en la irónica carcajada, éste se funda, por lo general, en un violento retruécano, en un sutil juego de palabras, en la gimnasia extravagante de la dicción, más bien que en el concepto, en la idea artísticamente desproporcionada, engendradora de las emociones gozosas y de las risas francas. En España, donde la lírica agoniza con Campoamor—el anciano Mefistófeles—y Núñez de Arce—el viejo Merlín—el instinto musical de la masa ha aparecido de pocos años acá, en un enjambre de abejas epigramáticas, cuyo zumbido alegre imita con gentil donosura las carcajadas inmortales de Quevedo, de Góngora y de Cervantes.

Sinesio Delgado, Pérez Silva, Vital Aza, Pérez Zúñiga, Fiácro Iraizos, se ríen, á mandíbula batiente, de la sociedad en que viven, porque ella los estimula y los obliga á hacerla reír.

El español, por naturaleza, es un burlón ingenuo, que no posee la venenosa ligereza del francés, ni la amarga jovialidad del germano.

España es la tierra del chiste inocentón y burdo, tomado d'après nature, sin adornos que la falseen ó encubran; la tierra en que nacieron, «El Lazarillo de Tormes,» «Don Lucas del Cigarral,» y «Rinconete y Cortadillo.» Allí fué donde Quevedo tuvo el *Sueño de las calaveras* y Velázquez vió sus *Borrachos*.

Ahora mismo, Luis Taboada, que suele ser grosero hasta lo soez, no hace más que convertir en artículos cuanto recoge en los arroyos matritenses. La gracia está en la atmósfera que se respira allá como un acre perfume.

Aquí, entre nosotros, el pueblo bajo que ha tenido un magnífico Homero en *Fidel*, tiene también su grajeo; pero ya no es, por cierto, aquel que nos transmitió Guillermo Prieto al libro, el de la *Musa callejera*, con sus chinas de enaguas lentejueadas, sus léperos de vívido refajo, y sus verbenas coloridas y vertiginosas, como las fantasmagorías de una linterna mágica. Hoy ese pueblo, que quizá no ha existido sino en la fantasía de su poeta, es un taciturno que cuando se embriaga, en una locura imbécil, insulta, con la obsenidad.

No hay modelos para esculpir la estatua de la Risa. Nos ha quedado como un sedimento negro la tristeza indígena.

El indio no conoció la gracia. Nuestros literatos, los que aguzan las saetas del epigrama son imitadores: dibujan sus sátiras al margen del libro espiritual. Calcan los fríos contornos de la desnuda alegría parisiense.

Hasta suelen comentar y traducir á Rabelais.

No pueden imitar la innata sencillez de Cervantes. No son humoristas espontáneos.

Y luego... qué es el *humour*? El *humour*—dice un excelso crítico—es el género de talento que puede agradar á los hombres del Norte; conviene á su espíritu como la cerveza y el aguardiente á su paladar. Para los hombres de otra raza es desagradable; para nuestros nervios es demasiado áspero y demasiado amargo. Ese talento contiene, entre otras cosas, la afición á los contrastes. Swift bromea con el semblante grave de un eclesiástico que oficia, y desenvuelve como hombre convencido los absurdos más extravagantes. Hamlet, poseído de terror y desesperación, se desata en bufonadas. Heine se burla de sus emociones en el momento mismo de entregarse á ellas. Les gustan los disfraces; ponen un ropaje solemne á las ideas cómicas; una casaca de Arlequín á las ideas graves. Otro carácter del *humour* es el olvido del público. El autor nos declara que no se preocupa de nosotros, que no le hace falta ser comprendido ni aprobado, que piensa y se divierte por su propia cuenta, y que si nos desagradan su gusto y sus ideas, no tenemos más que quitarnos de delante. Quiere ser refinado y original á su manera; en su libro está como en su casa, y á puerta cerrada; se queda en bata y zapatillas, con las pies en lo alto á menudo, y á veces sin camisa. Carlyle, por ejemplo, tiene su estilo propio y anota sus ideas á su modo; á nosotros toca comprenderle.

Un último carácter del *humour* es la irrupción de

una violenea jovialidad, en medio de un paisaje impregnado de tristeza. Así aparece de pronto la descompostura intempestiva. La naturaleza física, oculta y oprimida bajo el peso de los hábitos de reflexión melancólica, se presenta al desnudo un instante. Veis una mueca, un ademán de truhán, y después vuelve todo á su solemnidad acostumbrada. Añadid, por remate, las explosiones imprevistas de la imaginación. El humorista encierra un poeta; de pronto en la bruma monótona de la prosa, al final de un razonamiento, brilla un paisaje; bello ó feo, poco importa, basta que impresione. Esas desigualdades, pintan al germano solitario, enérgico, imaginador, amante de los contrastes violentos, guiado por la reflexión personal y triste, con imprevistos resabios del instinto físico, y tan diferente en todo esto de las razas latinas y clásicas, razas de oradores ó de artistas, donde no se escribe más que mirando al público, donde no se gusta más que de ideas enlazadas, donde no satisface más que el espectáculo de las formas armoniosas, donde la imaginación es ordenada, donde la voluptuosidad parece natural.

No, el *humour* sajón, no tiene imitadores entre nosotros. No podemos sentirlo ni tampoco él puede aplaudirse en los teatros de la zarzuela.

El buen humor hispano es el padre del género chico, el de los romances de Góngora, los jocosos de Quevedo, los sainetes de Don Ramón de la Cruz y las comedias de Bretón.

El chiste fúnebre de *Figaro* es único en la literatura española: tenía mucho *spleen* inglés ese pobre suicida. El regocijo romántico y doliente, el regocijo que gime en el *Diablo Mundo* de Espronceda, no volverá tal vez á reproducirse. Es de origen byroniano y se sabe de memoria los primeros cantos del *Don Juan*.

Y tampoco podrán sentir nuestros poetas y literatos el buen humor hispano, el de López Silva y Arniches y Javier de Burgos y Ricardo de la Vega.

Nuestros poetas han hecho tan bien la comedia de las lágrimas que á la postre se les ha pegado la máscara.

Cuando más puedan deformarán el semblante de su Musa con el rictus de Guymplaine. Entrarán en la farsa como los saltimbancos, fingiendo groseramente la alegría.

Ay! mucho me temo que estas zarzuelillas sean más bien las pantomimas de la gracia, que los juegos florales de la alegría.

Una neurótica joven, impulsada por vulgares sufrimientos, buscó, en la tragedia de la muerte, su instante de celebridad y de escándalo.

Arrojarse así al nirvana, en pleno día, desde la altura más visible, para conmovier, siquiera por un momento, el indiferente egoísmo de la ciudad; es de una ficción, de una falsedad, de un fingimiento que sin dejar de mover á lástima, permiten, sin embargo, que la burla mezcle á las cinerarias del dolor sus envenenados asfodelos.

Una muchacha inquieta é ignorante que dedica su último pensamiento á Homero (perdona, oh! excelso padre!) ha pasado por la vida como una lipemaniaca por un manicomio.

¡Qué triste cosa, qué dura, qué mala, y qué común ahora, es esta trágica—comedia, esta espantosa é in noble farsa de la muerte!

No obstante, todo, ¡oh almas enfermas! convida á vivir.

El campo está libre, el cielo azul, charlan las golondrinas y el aire va diciendo cosas profundas y buenas. Acaba de llover. ¡Qué bueno es Dios!

Luis Taboada

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Nada termina fácilmente, nada termina de prisa; hay que hacer esta corrección al *todo acaba* del sabio Perogrullo. Los viejos nos impacientamos cuando las decoraciones del teatro de la vida no cambian pronto, deseamos ver mucho en poco tiempo. ¡Ay, la experiencia es una gran maestra, pero sin alumnos! Ella enseña que todo es igual, que todo es quimera; de esa quimera vivimos nuestro minuto de vida en la vida universal, que esa si no acaba nunca.

Nos impacienta que la resistencia tenaz, astuta, heroica de los filipinos no haya acabado todavía. Comprendemos que tiene que acabar la libertad de este pueblo intrépido; que el gran pueblo de la libertad política y de todas las libertades tiene fatalmente que destruir la libertad de los pequeños y que una vez más quedará demostrado que la libertad es

la médula de los fuertes; el que no es fuerte no es libre. Los filipinos libres serían un obstáculo en el engrane del mecanismo internacional que tiende á hacer del Pacífico un lago anglo-sajón; si no los dominan los americanos los dominarán los ingleses con los japoneses por comensales. Por eso deseamos que el drama doloroso de la guerra de independencia concluya cuanto antes; ya que hasta ahora los americanos se van pareciendo tanto á los españoles en lo que á la represión toca, quisiéramos palpar las diferencias en el período de organización; vendrá éste, las dificultades brotarán á porfía y el resultado quizás será que los americanos hayan puesto una escuela normal para enseñar á los tagalos á ser hombres libres dentro de casa, para que dentro de un par de generaciones logren lo que ahora no pueden lograr: una independencia, una personalidad nacional. Buen negocio habría hecho con esto la política imperialista.

Entretanto el gobernador Otis *terquea* contra la lluvia y el calor, á fuerza de impermeables y de excelentes generales como Lawton y MacArthur. La unión de las tribus enemigas de los tagalos al ejército americano será decisiva. ¿Se comprenderían las hazañas de Cortés sin los tlaxcaltecas? Mucho más se explica la tenacidad del gobernador Otis, si se tiene en cuenta que las proposiciones de paz de los insurgentes tienen todo el aspecto de añagazas. Y muchísimo más si siguen poniéndose turbias las cosas en la otra gran isla de Mindanao y en la de Negros; vamos, pues, suban de punto, extrémense los sacrificios de hombres y dinero, hay que pagar caro el lujo de ser emperadores y conquistadores; la púrpura es tela de muy subido precio; el *demos* norteamericano no es un vejeje enclenque como el que Aristófanes fustigaba hace veintitrés siglos; es un mocetón de ancha espalda y á quien gusta ser admirado por todas partes; se necesita, pues, mucha tela.

Además, en la Casa Blanca, ya lo dijimos, necesitan un resultado, que, aunque costoso, sea feliz, si no la plataforma de la reelección sería endiabladamente impresentable. El archimillonario Carnegie en nombre de la fracción anti-imperialista del partido republicano hace un poco disimulado llamamiento á los demócratas: prescindid, les dice, de vuestro artículo de libre-acuñaición de la plata, es decir, prescindid de Mr. Bryan, y nos uniremos y venceremos al imperialismo con este grito de guerra: Washington contra McKinley.

En los Estados Unidos, como en Inglaterra con motivo del *home rule* de Irlanda, los viejos partidos tienden á descomponerse y á recomponerse con otros hombres y otros programas.

Los mensajeros de paz de las potencias discuten sobre los modos de evitar la guerra entre los pueblos de buena voluntad á la sombra del Haya, *sub tegmine fagi* que diría Virgilio. La cuestión del desarme, aun parcial, aun bajo el aspecto de un compromiso de no aumentar los armamentos, parecía bien platónica y ¡ay! ociosa cuando menos. La conferencia del Haya se cerraría como cualquier congreso de la paz en Ginebra con una lista de *desiderata* humanitarios é inconcretos. La introducción en primer término de la proposición de constituir un tribunal permanente de arbitraje, cambia el aspecto de las cosas; esto sí que puede ser muy serio y muy trascendental. Esto haría por consecuencia de la iniciativa del Tsar el acto más importante del Siglo; sería augusto el resultado. Ojalá; los mexicanos suscribiríamos á dos manos un convenio semejante. Veremos en qué forma se desenvuelve la proposición. ¡Un tribunal permanente de árbitros internacionales! El Papa León XIII merece antes de morir, presidir este areópago.

Todo parece en Francia encaminarse al resultado que muchos, yo el último, habíamos anunciado: habrá revisión del proceso Dreyfus; un tribunal de guerra engañado lo condenó, otro tribunal de guerra debe absolverlo. Nos atrevemos á decir esto, porque fuera de Francia, fuera de las preocupaciones y las pasiones de Francia, la inmensa mayoría de cuantos han estudiado los elementos principales de este asunto ha llegado á esta conclusión: Dreyfus no es culpable del delito de alta traición. Y nadie fuera de Francia ha creído que el honor del ejército francés estuviera identificado con la no-revisión del proceso, nadie.

Si, las preocupaciones, las pasiones, la terrible manía antisemítica que con tanto acierto ha estudiado en estos meses Lombroso. Hay una declaración en el proceso que, en mi sentir, marca el punto de partida psicológico de este tristísimo negocio. El Estado Mayor francés necesitaba en uno de sus *bureaux* un buen oficial de artillería que dominase el alemán. Lo pidió; el cuerpo de artillería envió á Dreyfus. Y el testigo dice: el general Gonse estaba frenético: mirad, exclamaba, nos mandan un judío.....!

Doña Emilia Pardo Bazán decía en su conferencia de París: «Si fuese necesario, para personificar los

dos estados del alma española (el romanesco optimismo leyendista por un lado y por el otro el pesimismo estéril y devastador) nombraría á Emilio Castelar y á Cánovas del Castillo. El incomparable artista que se llama Castelar, embriagado con las bellezas de nuestro suelo y los prestigios de nuestra historia, satisfecho de haber obtenido, en premio de sus luchas juveniles, el establecimiento de las instituciones democráticas, y, sobre todo, el sufragio universal y el jurado, fué optimista y leyendista hasta ese año terrible de 98 que disipó la niebla dorada y mostró desnuda una España más infortunada que en los días del Guadalete."

"En cuanto á la ilustre víctima de Angiolillo era, puede decirse, un pesimista que juzgaba á su patria á través de un incurable desencanto. Mejor que nadie sabía distinguir y encontrar á los individuos superiores; pero no creía en la masa humana: cerebro potente, sentía el desfallecimiento mental de una raza profundamente descuidada de los estudios que constituyen la disciplina de la inteligencia; jefe de gobierno, investido de una autoridad sin límite, veía de demasiado cerca las miserias y las bajezas para no gustar el sabor amargo del desprecio."

"Castelar, pues, creía que nada quedaba por hacer en España, Cánovas suponía que con España nada podía hacerse. Y advertid, que á su modo cada uno de ellos era un patriota ardiente y que ambos se conmovían hasta las lágrimas con la sola idea de los desastres que sobre nuestra cabeza se cernían; advertid que Cánovas pagó con su vida y Castelar con la pérdida de su magnífica salud el momento espantoso que atravesamos. Sólo Dios puede saber lo que hubieran hecho por España, Cánovas con la esperanza y la fe, Castelar con la duda y el análisis frío."

La guerra ha arrancado, pues, á la corona de España, este su florón de oro; más valía Castelar para su patria, que Cuba y las Filipinas; con la frente de este hombre excelso tocaba á las regiones serenas del Ideal; eso no priva ahora, pero es muy bello. Y todos hemos llorado á Castelar, no por español, no por latino, sino porque supo ser más que eso, porque esos límites no lo contuvieron, porque fué un corazón, un carácter y una palabra. ¿Ha resonado otra en la tribuna más sonora que esa? Más elocuente que esa?

* *

¡Una pieza escrita por un gran dramata francés para un gran actor inglés! No se había dado el caso. El primero es el *Robespierre*, escrito por Sardou para Irving y para su eminente colaboradora Ellen Terry. Yo me muero por los dramas y las novelas históricas, y á pesar de mi amor profesional á la verdad histórica, sé distinguir (hacedme esta concesión, por cortesía, siquiera) lo más importante, lo medular de esa verdad en un acontecimiento ó en un personaje. Y no pido al dramata ó al novelista, llámense Shakespeare, W. Scott, Schiller, Flaubert, Dumas ó Pérez Galdós, que respeten los detalles de un hecho, ni que no alteren á su guisa las peripecias de la vida de un personaje; pido esto nada más: si ese personaje, Robespierre por ejemplo, es el tema del drama, póngasele vivo y depiédelante de mí; no un Robespierre tal como puede vivir dentro del intelecto del dramaturgo, no subjetivo, histórico, sino tal como ha sido analizado y documentado por Michelet y Taine; idealícese un poco, no me opongo; tal es precisamente la obra del artista; mas esa idealización sólo puede consistir en dar más bulto y resalto á la facultad constitutiva de esa alma, á la envidia del incurablemente mediocre, dice Michelet, á la vanidad del incurable pedante, dice Taine, ambas cosas perfectamente amalgamables. Entonces tendré á la vista un personaje histórico vivo, un carácter. De ese carácter infieran el autor ó el novelador los hechos; aunque no concuerden con el dato preciso de la historia, no importa. Ricardo III, Coriolano, Marco Antonio, viven en Shakespeare la misma intensa vida que en la realidad, aunque la erudición encuentre mil errores secundarios en la composición del medio en que se mueven dentro de la obra del poeta; el D. Carlos de Schiller no vive, porque el cruel y antipático maníaco que nació física y moralmente deforme de la sangre de Felipe II—no fué adivinado por el poeta alemán; lo genial es presentir ó adivinar, ser Shakespeare.

El Robespierre de Sardou se nos antoja de la familia del «Don Carlos» de Schiller. Todos conocemos las tres maravillosas *aguafuertes* de Taine en el tomo tercero de la «Revolución.» Marat, Danton y Robespierre; todos recordamos el famoso párrafo: «es el último término de una vegetación intelectual que concluye, es la rama final del Siglo décimo octavo, es el aborto supremo y el fruto seco del espíritu clásico.»—Yo defendí á este Robespierre contra mi eminente amigo el Dr. Barreda; lo defendí con el objeto de hacer hablar al sabio sobre la Revolución. La comparación del *cuistre*, del pedante trágico adorador de Rousseau y el idilista Gesner, con Mahoma tenía una base perfectamente cierta, *el cree ó te mato*. Por lo demás hay entre ambos, entre el árabe epiléptico é inspirado y el abogadillo bien perjeñado, de tez pálida, lengua silbante y anteojos verdes, mundos de diferencia. En suma, un incorruptible feroz y sanguinario, un predicador eterno de la moral y de la virtud, un aspirante á sumo pontífice de una revolución es-

piritualista, deísta y humanitaria, que creía necesario el funcionamiento de la guillotina incesante para depurar, para exterminar á los gérmenes malos (es decir, los enemigos de Robespierre) que se apoyaba para llevar á cabo este espantoso designio (y lo llevó á cabo en gran parte) en una popularidad asombrosa, en la adoración ilimitada, no de la hez del pueblo, sino de los obreros y los burgueses capaces de leer, y, sobre todo de las mujeres, que lo deificaron casi, sólo porque se presentaba como una víctima eterna, porque predicaba siempre la virtud, porque era, como Condorcet lo definió muy bien, un sacerdote.

Y este hombre que como Nerón, tenía frases y palabras huecas en vez de alma; que no tenía en realidad más culto que el de sí mismo; que se adoraba al través del *Ser Supremo*, éste, según se ve del argumento del drama de Sardou, resulta un guardador estupendo de una pasión secreta de juventud por una joven aristócrata, de quien tuvo un hijo y con quien no se pudo casar porque *los nobles* se lo impidieron. Esta pasión, según Sardou, lo anima contra la aristocracia y no el odio á toda superioridad, bajo la máscara de las ideas abstractas de igualdad y fraternidad. Y no es esto todo; el hijo vive, lo que Robespierre ignora; y éste, el hijo de Clarisa, Olivier, ha sido adoptado por M. de Maulugon, el marido de esa madre. La tempestad revolucionaria les arrebató, Maulugon muere, vagan proscritas, Clarisa, Olivier y una su prima, la que en los dramas está destinada á las escenas reposantes de amor puro. Cuando su madre y su novia son capturadas y se aproximan á la cuchilla fatal, Olivier en plena fiesta del *Ser Supremo*, insulta al Sumo sacrificador, á Robespierre. Este interroga al joven, se convence de que es su hijo y se renueva en él la pasión del amante y brota en él la del padre. ¡Cuentos! Para un literato sensiblero, no hay más talento que los períodos sonoros, ni hay sentimientos, no hay más que actitudes. El incorruptible tenía la *pose*, la actitud del ser virtuoso y sensible, y detrás de sus espejuelos verdes era capaz de ver sin emoción subir á la guillotina á diez hijos suyos con tal de que dijeran de él: ¡ha sacrificado su tierno corazón en aras del deber!

Robespierre tiene una entrevista con Clarisa, le promete salvar á su hijo; en las soledades nocturnas de la Conciergerie, á donde va en busca de Olivier *padece* una visión shakespiriana, las sombras de sus víctimas lo rodean y lo torturan. Parece que los ingleses é inglesas que en el drama desempeñaron el papel de fantasmas hicieron reír por su rubicundez y hermosura muy poco espectrales.

Rodeado de enemigos que conspiran contra su tiranía y que sospechan que se le ablanda el corazón, Robespierre va á la Convención, y aquí la famosa sesión del 8 Termidor. A punto de ser asesinado por su propio hijo, Robespierre se da la muerte y cae á los pies de Clarisa bañado en sangre.

Esto no es cierto, lo cual no importa á un autor dramático, y tiene razón; pero no pudo ser cierto, dado el carácter histórico del personaje; lo que hace falso el drama. Más importará esto alguna vez á Sardou? ¡Oh! no. Sardou de los caracteres y las pasiones no toma la parte profunda, sino la apariencia que se presta á las combinaciones escénicas y al efecto teatral; lo demás se le da una higa. El no necesita para hacer un drama, sino un actor especial, Sarah, Coquelin, Irving. En derredor de ese actor enmaraña una madeja de combinaciones, de *trucs*, para preparar los efectos supremos, y se vale de la historia ó de los vicios sociales; tanto da; es muy superior al enredista Scribe y al efectista Dumas, padre; es genial, es el Shakespeare de la triquiñuela.

Irving, que con esta pieza dirá *adiós* á la escena, estuvo portentoso, según los cronistas. Los periódicos londinenses y americanos ponen á Sardou y á su intérprete en los cuernos de la luna. Irving dará una serie de representaciones de «Robespierre» en los Estados Unidos en el próximo otoño. ¡Bienaventurados los que tienen *dollars*, porque de ellos es el reino del arte!

* *

El polo opuesto de Sardou es Gabriel d'Annunzio, para quien toda acción es el proceso de una idea poética; el prestigio de sus creaciones, que, á la inversa de las de Sardou, son más bien poemas dramáticos que escénicos, proviene de la intensidad de un sentimiento que sólo puede exteriorizarse cuando encuentra su verbo, su expresión, su forma perfecta en la palabra. D'Annunzio no opera sobre los caracteres como los dramaturgos puros, como los Dumas ó los Donnay, ó los De Curel, ó los Suderman (Ibsen es otra cosa), introduciendo en ellos una pasión y siguiéndola paso á paso hasta la catástrofe, como Claudio Bernard introducía un veneno en el organismo y lo seguía de efecto en efecto hasta la muerte; ni se cuida de apurar su talento en una de esas combinaciones teatrales á que el choque de los actos humanos da lugar, como hacen Echegaray ó Sardou, sino que con su espíritu infinitamente apasionado y poético esculpe una tragedia subjetiva en la más plástica de las lenguas vivas, obteniendo estupendos efectos de música en plena prosa, como el escultor sus armoniosos acordes en pleno mármol.

«La gloria» es la tragedia que debe haberse repre-

sentado en Nápoles en estos días; es un poema simbólico, es una alegoría, á juzgar por los análisis que los periódicos italianos nos trasmiten. La escena se desarrolla en Roma en lo futuro, podría decirse, más bien que en lo presente. Personajes: un viejo, Cesare Bronte, el mundo que se va, obstáculo á la furia destructora de los hombres nuevos. Ruggiero Flamma es el demagogo que lanza al pueblo hacia la realización de su empresa de reconstrucción de la Ciudad, de la Patria, de la fuerza latina: «no es el hambre, no es tan sólo el hambre lo que abulla y tiende las manos, sino la revuelta contra la intolerable falsía que invade los órganos todos de nuestra existencia y la deforma, y la envilece y la amenaza de muerte!» dice ó canta Ruggiero. De aquí la lucha desesperada entre los dos hombres: no ha nacido el hombre nuevo, todavía, y nosotros no queremos todavía morir, clama el viejo Bronte, y añade en la divina lengua del poeta. «Se la vita presente è sterile, non è dato a voi di fecondarla. Non veggo in fondo ai vostri occhi un gran destino ma la vertigine. Voi non appartenete alla razza dei creatori.»

Una mujer, una descendiente de muchas generaciones de traidores y dominadores bizantinos, una Comnena, mezcla su ambición, su lujuria, su orgullo, su miseria, su rebelión, su crimen, al duelo supremo de los dos grandes luchadores, y ambos la aman mortal, infernalmente, como se ama á estas mujeres. El viejo es un inmovible obstáculo: la Comnena, enamorada de Ruggiero lo mata. Y al fin hace de su nuevo amor un envilecido, un trémulo, un infeliz y la misma gran siniestra que pasea en triunfo á Ruggiero en una noche de batalla, en Roma, pedirá su cabeza para fijarla en la punta de una pica. Y así va el drama hasta los horrores supremos.

El apóstrofe de Ruggiero moribundo á Roma es soberbio: «¡Roma! Nosotros nos agitamos, cambiamos, pasamos; ella no, es inmóvil, segura, antigua, única. Amante terrible, se nutre con la médula de los hombres fuertes; su caricia es atroz como el dolor. Yo creía haberla estrechado en mis brazos, haber luchado con ella, mezcládome á ella, creí haber tenido la fuerza de fecundarla, haberme vuelto un latido nuevo en su vida lenta.... Y he aquí que soy ya una tumba no más entre mil tumbas.»

Justo Sierra

EL DESEO Y LA VOLUNTAD.

Para la inmensa mayoría de las gentes *desear* equivale á *querer*; entre una y otra facultad humana discierne un matiz, un grado de intensidad tan sólo y pasa por cosa demostrada que la voluntad firme y resuelta de lograr, de conseguir ó de realizar, que la tenacidad y el empeño para conquistar la riqueza, la gloria, el poder, no son más que resultados de la intensidad del deseo.

Según este principio, para desenvolver en un momento dado todas las energías activas, para persistir en un designio, para afrontar los peligros de una empresa arriesgada, para sufrir y tolerar los enojos de un proyecto difícil, basta tan sólo desear intensamente el fin ú objeto de nuestras tentativas, anhelar con ardor la realización de un deseo, percibir punzante y agudo el aguijón de la necesidad y sentirse desfallecer y morir con el fracaso.

Así, para alcanzar el poder ó la gloria parece indispensable un insaciable deseo de gloria ó de poder, sentirse incapaz de soportar la mediocridad ó la insignificancia, no comer, no dormir, pensando en el laurel ó en el cetro y percibir claramente que toda la felicidad posible está comprendida bajo de un solio ó sobre un altar.

Lo mismo en el amor: suspirar, gemir y llorar por el ser amado, sentirse enfermo en su ausencia y muerto con su desdén; adorarlo en éxtasis como á un dios; arrastrarse á sus plantas como un reptil; respirar con su aliento, vivir con su propia vida, tales parecen ser las indispensables condiciones para que surja en el espíritu la voluntad activa, indómita, inextinguible de conquistarlo, de poseerlo, de atacar y vencer monstruos para llegar hasta él, de remover cielo y tierra para serle grato.

La riqueza.... Quien no siente en su corazón clavadas como espinas las garras de la codicia; quien en sus sueños no ve la caverna de Alí-Babá atestada de tesoros; aquel á quien no desvela la sola idea de la miseria y á quien no aniquila y mata la bancarrota, ese no trabajará con tesón, ese no economizará á porfía, ese no se lanzará temerario á la alta especulación y vegetará modesto ó miserable toda su existencia.

Tal es la teoría; si ella es verdadera los hombres más activos, más enérgicos y más perseverantes serán, á la vez, los más sensibles, los más entusiastas, los más ardientes. Medirás entonces la fuerza de la voluntad por la intensidad de los espasmos del gozo ó de las convulsiones del dolor; serán más perseverantes, más tenaces y más hábiles las mimosas de la sensibilidad; las lágrimas que haga derramar el desengaño, los rugidos que arranquen la contrariedad

y el fracaso, darán el grado termométrico de la energía, del valor, de la constancia.

La doctrina vulgar es tan aparentemente racional como radicalmente falsa. Si la voluntad fuera tan sólo un grado del deseo, se manifestaría vigorosa y activa precisamente en los seres sensibles y nerviosos cuyos deseos son imperiosos y dominadores: distinguiríanse por las energías y la actividad los poetas y soñadores, verdaderas sensitivas, en quienes no hay deseo que no sea impetuoso, ni aspiración que no sea desmesurada, ni ambición que no sea frenética, para quienes todo dolor es degarrador y toda pena devoradora; la mujer, toda ternura, toda sensibilidad, arpa élica que hacen vibrar los imperceptibles soplos de todas las brisas, y cuyas cuerdas se rompen á la menor rudeza de contacto; el niño que se acalambra á la más leve contrariedad, que grita, se agita, vocifera y hasta cae en crisis nerviosas al menor empuje del deseo; el salvaje, brutal para desear y ciego para aspirar; el latino y el oriental, ardientes, extáticos, voluptuosos y juguetes de impetuosas pasiones; tales deberían ser los seres enérgicos, inflexibles, tenaces en la acción, y tales los prototipos de la voluntad.

En vez de eso, que corroboraría la idea de que la voluntad es un grado, ó mejor dicho, el paroxismo del deseo ¿qué vemos? ¿qué nos dicen á cada paso la observación y la experiencia? Pues que son precisamente seres fríos, impassibles, jamás sacudidos por las pasiones, jamás gimientes por la contrariedad, jamás atormentados por el fiasco los que despliegan las grandes energías activas, los tenaces para lograr, los cautos y hábiles para no fracasar, los refractarios al desaliento y á la desesperación.

Son anglo-sajones, helados como témpanos, germanos rígidos como el acero, razas del Norte casi sin pasiones y sin ímpetus, hombres y no mujeres, viejos y no niños, seres cultos y no salvajes, abarroteros y no poetas, quienes atesoran mayores y mejores energías activas, quienes revelan testarudeces de carpa, resistencias de granito, cautela y tacto de diplomáticos.

Nadie consagra más tiempo, más trabajo, más estudios á conquistar riquezas, como un inglés ó un norte americano, y á nadie quita menos el sueño la pobreza, ni agobia menos la bancarrota, ni desespera menos la ruina. Los hay que han sido media docena de veces millonarios y otra media docena pordioseros sin que una nube empañe su mirada ni una palidez tñia su frente, sin que una protesta brote de los labios, sin un día de inapetencia ni una noche de insomnio.

Si nadie trabaja más por ser rico que el anglo-sajón, á nadie tortura tanto el ser pobre como al latino, y nadie como él sueña con Crespo y sus tesoros. Pero ese deseo es platónico, su realización se confía al azar del premio gordo, á un cambio de gobierno, al milagro de un santo. Ojalá! decimos, y nos cruzamos de brazos.

El amor, la gloria, el poder, todos los apetitos, todas las concupiscencias son imperiosas, exigentes, casi dolorosas en los seres débiles de voluntad y todas conducen á la misma aspiración platónica, á la misma esperanza pasiva, mas no los solicitan á bregar, á trabajar, á emprender y realizar. Sufrir cruzados de brazos, gozar inertes á inmóviles, tal es el destino de los seres sensibles, exquisitos y refinados.

Desde el momento en que no son ni la joven histórica, ni el adolescente romántico y decadentista, ni el niño impetuoso los seres más activos y enérgicos, ya no es posible admitir que la voluntad sea un grado del deseo y que para *saber querer* baste *poder desear*.

Más, aún, hay justamente un antagonismo visible entre el deseo y la voluntad, entre la sensibilidad y la energía. Son precisamente seres débiles, los seres sensibles; la exaltación de la sensibilidad va acompañada de lágrimas, sollozos, frases patéticas, actitudes teatrales y ademanes trágicos; pero nada más. La acción propia y encaminada al fin á que se aspira no se ejecuta.

Todas las grandes emociones paralizan; el miedo impide defenderse ó huir, la ceguera de la cólera suele acalambiar; hay torpeza é incoherencia en todos los actos sugeridos por las grandes pasiones y á su momentánea explosión no tarda en suceder un abatimiento inerte y á veces un estupor completo. En los incendios, en los terremotos, en los naufragios se ven personas rígidas, catalépticas, inconscientes casi, perecer sin defensa por exceso de emoción y en los momentos de pánico sucumben en mayor número los que más emoción experimentan.

La aptitud para sentir y para desear, es pues, diferente de la facultad de emprender y de realizar. Con el deseo y la sensibilidad se forman poetas y artistas; con la voluntad; hombres prácticos. Sin deseos, aspiraciones y emociones, la vida sería triste, pesada, monótona, insoportable; sin la acción de la voluntad la vida sería infecunda y estéril.

Hay que tener sensibilidad, que ser susceptibles de pasión y emoción; pero á un grado tal que la voluntad subsista y persista y pueda ser eficaz. Y no es error de los menos graves de nuestra educación la tendencia á exaltar nuestra sensibilidad, el culto á las pasiones impetuosas y ciegas, y la convicción de que el hombre más perfecto es el hombre más pasio-



ROSA BONHEUR.

nal, el más tierno, el menos irreflexivo, el más desprendido, el menos calculador.

Si predicáramos otra cosa; si tributáramos, como los anglo-sajones culto á la voluntad, seríamos más grandes y más fuertes sin dejar por eso de ser nobles y buenos.

La Srita. Dolores González García fué muy aplaudida al terminar su discurso acerca de «La luz eléctrica, los Rayos X y la Telegrafía sin hilos.»

Nuestro grabado representa el monumento de Volta rodeado de las coronas que enviaron las asociaciones científicas de la capital.

D. M. Flores

EN HONOR DE VOLTA.

Nuestra edición diaria habló de la sesión especial organizada por la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias, en celebración del invento de la pila eléctrica. La sesión tuvo lugar el domingo último en la Escuela Normal para Profesoras, y fué presidida por el Sr. Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, Secretario de Fomento.

Todas las academias científicas de la capital enviaron comisiones que las representaron y concluido el acto los comisionados depositaron coronas de flores naturales ante el busto del gran sabio italiano Alejandro Volta. El Sr. Ministro de Fomento depositó la corona de la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias.

Una comisión de la colonia italiana obsequió á las Sritas que hicieron uso de la palabra con hermosas canastillas de flores y tarjetones conmemorativos.



CORONAS DEPOSITADAS ANTE EL BUSTO DE VOLTA EN LA SESION ORGANIZADA POR LA SOCIEDAD DE CIENCIAS.

ROSA BONHEUR.

Esta noble artista que acaba de morir fué grande por su talento, digna del éxito por su amor al arte y admirable en el hogar. Sufrió mucho, trabajó más todavía, y desde que en su adolescencia abandonaba á veces los pinceles para reemplazar en las tareas domésticas á su madre muerta, hasta que cerró los ojos de su hermana adoptiva pocos años ha, fué siempre la más cariñosa y noble compañera de infortunios, una hermana de la caridad para los que vivieron á su lado.

Nació en Burdeos el año de 1822. Su padre, artista modesto, se estableció en París y dejó á su familia en el campo, no pudiendo tenerla consigo en la capital; entonces Rosa subyugada por la magia de la naturaleza, se dió á trabajar sola, sin dirección, haciendo maravillas de intuición artística. Raimundo Bonheur, comprendió, ó más propiamente, adivinó el talento de su hija, la llevó á París, le enseñó los procedimientos artísticos, y comenzó la niña á trabajar sin descanso, adoptó el traje masculino y visitó los rastros para observar y copiar los animales sacrificados allí. Hizo varios envíos al Salón y á los veintiséis años obtuvo el primer premio.

Antes de expirar, el padre de Rosa recibió la gran recompensa de sus afanes: vió la medalla honorífica obtenida por su hija y el gran cuadro *Labourage niver nais*. Consolada de la pérdida de su padre y maestro, volvió al trabajo, y entonces fué cuando llegó á la cima de toda ambición, muriendo en plena gloria.

LA CASA DE LOS AZULEJOS.

Allá en el siglo XVI se embarcó, rumbo á México, D. Rodrigo de Vivero y Velasco, descendiente de aquel D. Alonso Pérez de Vivero, que según unos fué arrojado en Burgos desde una ventana por el Condestable de Castilla, D. Alvaro de Luna, y según otros, de lo alto de una torre de Valladolid en un memorable Viernes Santo.

Llegado á México D. Rodrigo, casó con Doña Melchora de Aberrucia, que tenía una encomienda en Tecamachalco, y era viuda del conquistador D. Alonso Valiente.

D. Rodrigo y Doña Melchora hubieron en su matrimonio un hijo, llamado D. Rodrigo de Vivero y Aberrucia, el cual nació en la citada encomienda.

Este D. Rodrigo *el mozo*, distinguióse por su talento é instrucción, pues queda noticia que escribió varios *Discursos*, un *Tratado de Economía Política*, y una *Relación* publicada en parte en el tomo V de la *La Ilustración Mexicana*; relación en la que refiere el naufragio que padeció al regresar de las islas Filipinas, en donde fué Gobernador y Capitán General.

Nuestro D. Rodrigo fué además Alcalde de diversos lugares de Nueva España y Gobernador de Nueva Vizcaya. En México fundó el mayorazgo de Vivero, que después se elevó á *Condado del Valle de Orizaba*, concesión que le hizo el Rey en premio de sus buenos servicios.

«Comprendía (dicho Condado)—dice un escritor—las tierras que este título tenían (*sic*) en las inmediaciones de aquella población, las que aún conservaron sus sucesores en el Sabinal y Cañada de Iztapa, y las que formaron posteriormente el Marquesado de Sierra Nevada y el condado de la Colina, aquellas en lo más fragoso del Volcán, y éstas en el llano del Sumidero. D. Rodrigo fundó el ingenio ó trapiche de Ocemepa, uno de los primeros (si acaso no fué el primero) de Nueva España, que hoy es Pueblo, conocido con el nombre del Ingenio ó de Nogales, á una legua hacia el Poniente de Orizaba.» (1)

D. Rodrigo de Vivero y Aberrucia casó en México, en el siglo XVI, con Doña Leonor Ircio de Mendoza, hija del Mariscal de Castilla, y murió por 1636 dejando un hijo, D. Luis de Vivero, segundo Conde del Valle de Orizaba, quien á no dudarlo fué el primero de los de su título que habitó la famosa *casa de los azulejos*. ¿Cómo sucedió esto? Lo vamos á decir en seguida.

La casa de que nos ocupamos, aunque reedificada después, es antiquísima, y las primeras y pocas noticias que de ella tenemos se remontan hasta el siglo XVI.

Entonces la poseía un D. Damián Martínez, juntamente con la plazuela anexa de Guardiola; pero concursado por sus acreedores, se vió en la necesidad de rematar sus bienes en pública subasta.

El mejor postor á dicha casa fué D. Diego Suárez de Peredo, á quien se adjudicó en la cantidad de 6,500 pesos y tomó posesión de la finca y plaza el 2 de Diciembre de 1596.

D. Diego enviudó, metióse á fraile franciscano en el Convento de Zacatecas, é instituyó un mayorazgo vinculado en la casa ya citada y en otros bienes, que heredó su hija Doña Graciana, la cual contrajo ma-



LA CASA DE LOS AZULEJOS, ESQUINA DE SAN FRANCISCO Y GUARDIOLA.

trimonio con D. Luis de Vivero, segundo Conde del Valle de Orizaba, como hemos dicho. (2)

* *

Desde entónces la casa fué mansión de los señores Condes, y de ella nada hemos encontrado que sea digno de ser impreso.

Sólo al través de los siglos y en alas de la tradición, han llegado hasta nosotros dos anécdotas, una referente al *vallejo de la Condesa*, que tomó su nombre de alguna de las del Valle, y otra á la reconstrucción de la casa.

Cuentan las consejas que cierta vez entraron por los extremos del callejón, dos hidalgos, cada uno en su coche, y que por la estrechez de la vía se encontraron frente á frente sin que ninguno quisiera retroceder, alegando que su nobleza se ajaría si cualquiera de los dos tomaba la retaguardia. Por fortuna, como asienta un grave autor, la sangre no llegó al arroyo ni mucho menos, ni siquiera hirvió en las venas de los dos Quijotes; pero á falta de cuchilladas sobró paciencia á los hidalgos, quienes se estuvieron en sus coches tres días de claro en claro y tres noches de turbio en turbio.

De no intervenir la autoridad, de seguro se momifican los hidalgos. El Virrey les previno, pues, que los dos coches retrocedieran, hasta salir uno hacia la calle de San Andrés y otro hacia la plazuela de Guardiola.

La otra anécdota, aunque sin fundamento histórico, es tan conocida, que la omitiríamos si no temiéramos á la erudición callejera.

Se dice, se cuenta y se comenta, que uno de los Condes del Valle tenía un hijo, y que este hijo fué un calavera redomado.

El heredero, fiado en sus riquezas, más pensaba en derroches que en negocios. Joven y apuesto, los trajes lujosos, los buenos caballos, los saraos elegantes, ocupaban más su atención que los libretos de cuentas y que los ingenios de azúcar.

El Conde su padre gastó mucha saliva en regaños, hasta que cansado, fué su benevolencia tanta, que sólo le decía:

—Hijo, tú nunca harás casa de azulejos.

Santa frase. El joven se preocupó, le escoció lo de los azulejos, y poco á poco cambió de vida, prometiendo edificar la casa que su padre tenía por imposible.

¿Su propósito fué pasajero? ¿Lo cumplió, cansado ó convencido de oír la eterna muletilla del viejo Conde?

La respuesta la tenemos clara, elocuente, en ese gran palacio reedificado y revestido de azulejos por el joven Conde, que dió con esto una prueba de lo que pueden hacer los calaveras arrepentidos.

«Diremos para concluir—dice D. Anselmo de la Portilla—que en esta casa se verificó la renovación del Señor de Santa Teresa, según lo cuenta un libro que anda en manos de los devotos de esta imager.»

El Sr. Portilla incurrió en un error. La escultura que, según cuentan, se *transfiguró y sudó* milagrosamente en el entresuelo de dicha casa, no fué la del Señor de Santa Teresa, sino la del *Santo Cristo de los Desagravios*, que estuvo después en la capilla de Burgos del Convento de San Francisco de México. Derribada ésta á consecuencia de la excomunión y de las leyes de Reforma, el Santo Cristo milagroso pasó á la iglesia de Jesús Nazareno, donde actualmente se encuentra y es venerado por los devotos.

* *

Consumada la independencia, abolidos los títulos, los Condes del Valle de Orizaba continuaron viviendo en la Casa de los Azulejos.

Así transcurrieron muchos años hasta el 4 de Diciembre de 1828, día funesto para México por los robos que cometió la plebe, enloquecida por el motín de la Acordada.

En medio del desorden de que fué presa la ciudad, aprovechando sin duda aquellas circunstancias tan propicias para consumir los mayores crímenes, penetró á la Casa de los Azulejos un oficial, Manuel Palacios, en los instantes mismos en que el ex-Conde D. Andrés Diego Suárez de Peredo bajaba la escalera. Acometióle á puñaladas Palacios, con tal saña, que lo dejó tendido y sin vida.

Este horroroso asesinato se comentó en aquella época de diversos modos. No faltó quien lo atribuyese á siniestras maquinaciones políticas; mas la verdad fué que no pasó de una venganza personal de Palacios, porque el ex-Conde D. Diego se oponía á que tuviese relaciones con una jove de su familia.

Condenado el culpable á la última pena, se ejecutó la sentencia en la Plazuela de Guardiola, junto á una cochera que miraba hacia el Poniente y que ya no existe.

Con tan trágico acontecimiento termina la crónica de la casa secular y solariega.

Empero, cuando ahora penetra uno en su interior, admira la arquitectura severa, el lujo que reina en las salas, en las que le parece contemplar las sombras de sus antiguos moradores; pero al bajar por la vieja escalera, la fantasía se traslada á otro tiempo, ve el brillo del puñal del asesino y el cuerpo del buen Conde tinto en la charca de su sangre; escucha los gritos angustiosos de sus deudos, y fuera, allá en el Parián, contempla á la Furia de las guerras fratricidas, desmelenada, con los ojos saltados por la codicia, excitando al populacho, al más salvaje de los saqueos.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

1 D. Joaquín Pesado, cuyas son estas palabras, confunde á D. Rodrigo de Vivero y Velasco con su hijo D. Rodrigo el mozo, y dice, además, que éste fué *Virrey* de Filipinas, en lugar de *Gobernador*.

2 Debo estos datos á mi excelente y entendido amigo el Sr. D. José María de Agreda.

CURIOSIDADES FOTOGRAFICAS.

UN FRAUDE

La instantánea es una *monomanía* universal, como lo ha sido el uso de la bicicleta.

La cámara portátil se ha convertido en artículo de primera necesidad para los turistas.

Pierden el dinero los fabricantes de libros de bolsillo y los fotógrafos titulados, porque ya no hay quien quiera retratarse de busto, ó apoyado en un tronco de árbol, navegando en un barquichuelo, correctamente uniformado, en traje de fantasía, en postura (tratándose de las damas) de ver huír un pichón mecánico de una jaula *renacimiento*, ó de llorar al pié de una cruz de cartón-piedra los desengaños de este mundo y la subjetividad del otro.

Se prefiere la efigie tomada en la calle, en el patio de la casa, al aire libre.

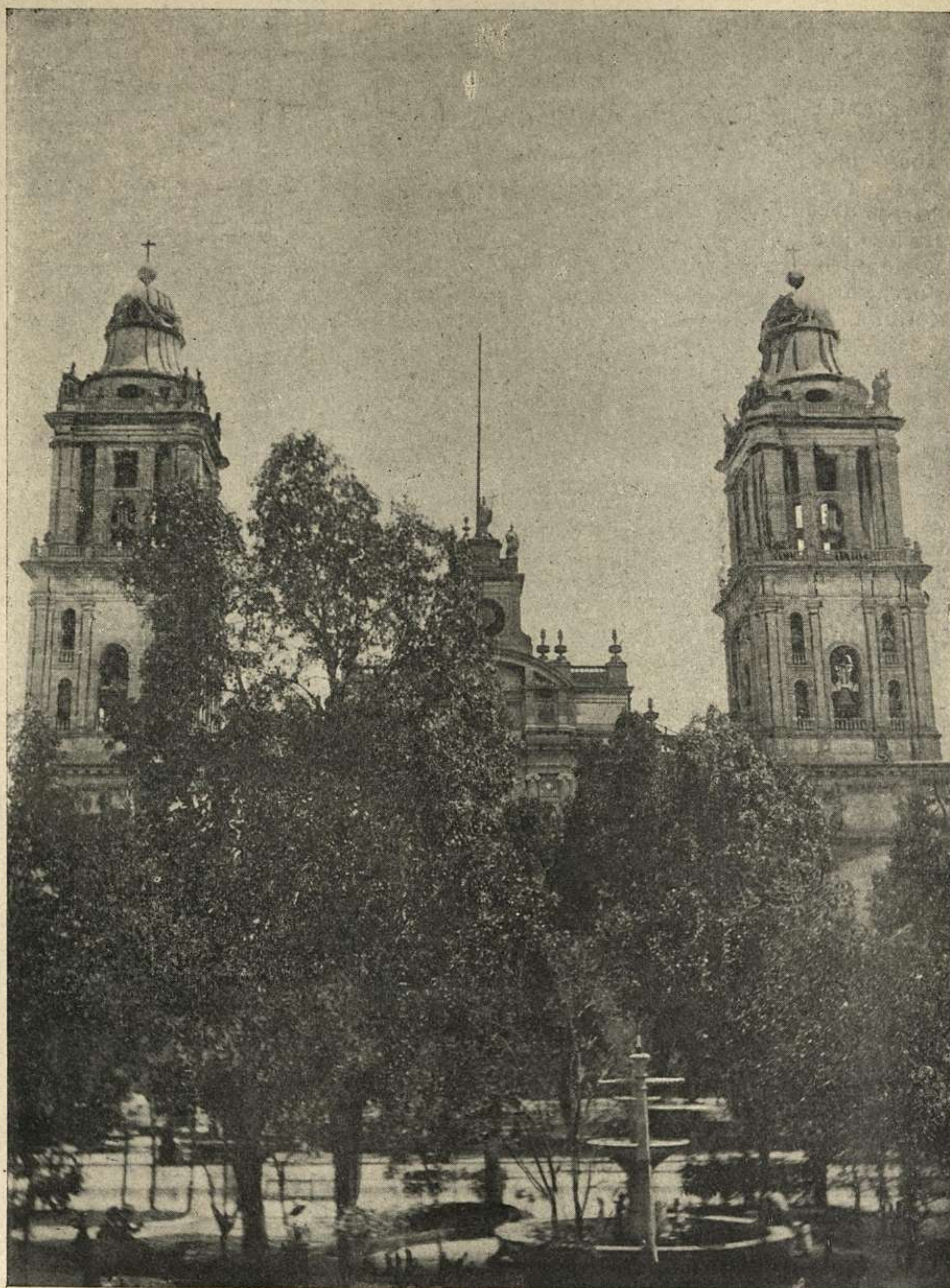
La afición nos viene del Norte, los americanos son fotógrafos por herencia, prefieren á la narración del viaje, la *negativa*; al discurso original, su eco en el fonógrafo; á la catástrofe auténtica, la reproducción en el cinematógrafo.

La cámara es un regalo de año nuevo común y corriente; en frascos de Bohemia, como pudieran obsequiar Agua de Colonia, obsequian iconógena, hidroquinona ó cualquier otro revelador.

Personas hay que, en vez de enviar su tarjeta, envían su retrato, y la exagerada práctica de la fotografía ha traído, como es natural, la competencia, y he ahí á los especialistas.

Hay aficionados que se dedican á *instantanear* perros; otros, gatos únicamente; éstos, caballos; los de más allá, jumentos.

Jóvenes de sentimientos bíblicos se perecen por los ancianos; incurables solteronas gastan sus películas en los niños.



LAS TORRES DE CATEDRAL BAILAN LA ZARABANDA.

—Está virando.
—Ya sé que ese es su oficio, virarlo todo, pero qué vira?
—Ah! una exposición preciosa: la extracción de una muela matriculada á uno de sus clientes.

En la oficina:

—Quisiera usted decirme si mi negocio bajó?

—No señor, le faltó exposición.

—¿Qué?

—Y además, resultó movido. Usted dispense, creí que me hablaba de la placa Estaba pensando en otra cosa.

Las amas de casa maldicen la afición. Llegan de la calle cansadas, pero les para el alto en el portón la criada.

—Que se siente usted sobre ese cajón de vino y no entre porque el señor ha cerrado todas las puertas y puesto tápalos en las rendijas, no quiere ni que le hablen, porque dizque se le *velan*.

Las mesas resultan manchadas; en las soleras hay cristales de hiposulfito y la cámara funciona de la mañana á la hora en que el sol se presta.

—A ver tú, vamos á sacar á la cocinera torciéndole el pescuezo á un pollo.

—¡Espléndido asunto! Espérate, los saco, los saco á esos dos pelados tranchete en mano.

—Déjame afocar, ese señor muriéndose de angina de pecho es un asunto de órdago y en pleno sol.

Huelga decir que no hay paisaje, edificio, belleza titulada, mendigo popular, ó tipo humorístico que no haya desfilado frente al objetivo.

Y qué resultados! ¡qué parodias de la verdad! ¡qué embrollos dentro y fuera del foco! ¡qué caricaturas! qué cómicos algunos asuntos graves!

A mí se me presentó días pasados un aficionado solicitando permiso para retratarme en traje de baño, (soy cojo). El propio sujeto me ofreció tres días después unas negativas sensacionales.

Me dijo tener cinco hijas; el novio oficial de una de ellas y la madre de las mismas, no se ocupan en otra cosa que en sacar vistas de la ciudad; el 24 de Enero día del gran temblor *funcionaban*



LAS CASAS DE PLATEROS PARECE QUE QUIEREN BESARSE.



EL CABALLITO DE TROYA SE MULTIPLICA POR TRES.

Quienes persiguen á toda clase de borrachos, quienes se complacen en formar una colección de mendigos ó gentes feas de solemnidad.

En México la plaga ha tenido sus víctimas, ricos y pobres resultan aficionados.

Llega uno á cualquier visita:

—¿El señor?

—Revelando.

—¿Revelando qué?

—Sus instantáneas de la señora en el momento que tenía el cólico hepático.

Va uno por el médico:

—¿El doctor?

—Fijando.

—¿Fijando qué?

—Las positivas de una corrida de toros por aficionados.

Se llega en casa del licenciado.

—¿El Licenciado?



SAN HIPOLITO SE INCLINA, SE INCLINA.

todos y todas en el momento de la catástrofe se hallaban en distintos puntos, frente al edificio del Sr. Teresa, la Biblioteca de San Agustín, la esquina de Plateros, la Diputación, Catedral, el Teatro Nacional, el Caballito y la Iglesia de San Hipólito, con tan buena estrella que pudieron retratar el primer movimiento, antes de que las gentes se hincaran al darse cuenta.

En efecto, admirables negativas, vense en ellas los edificios fuera del centro de gravedad; las torres perdiendo el equilibrio, las columnatas desniveladas y el Caballo de Troya multiplicado por tres como en las alucinaciones de un borracho.

Dí por ellas lo que me pidieron y se las vendí al *Mundo Ilustrado* que las publica como ilustración de estas líneas. Qué barbaridad! Si son ustedes nerviosos les aconsejo que no vean las fotografías. Se trata de una danza macabra de edificios. Parecen todos danzar la Zarabanda: la Biblioteca de San Agustín se recarga confianzadamente sobre el hotel de la Gran Sociedad como pidiéndole confidencialmente una mayonesa; la torre de San Hipólito va á dar un coscorrón á la acera oriental de la calle de Zarco, sin miramiento alguno á los transeuntes; el Portal de la Diputación se desploma como un ebrio, haciendo gestos por todos sus arcos; el Caballito de Troya se ha convertido en una compañía de rurales; El Círculo del Comercio juega al estira y afloja con los almacenes del telégrafo; las calles de Plateros intentan darse un beso y el hotel de la Opera abre sus columnas como grandes piernas.

El reloj de San Hipólito marca en la positiva 18 minutos para las doce y el temblor fué á las 5 y pico de la tarde, la luz es zenital y me tiré la gran plancha seísmica, cuando el fotógrafo de la casa (chico muy águila en su oficio) me hizo notar que mis instantáneas habían sido tomadas por un viejo casi ciego y que además padece estrechamientos de San Vito cada tercer día. El *movido* era él, no el planeta.

Y me resigné filosóficamente, escribiendo en mi libro de apuntes, el primer caso de fraude fotográfico que es el colmo de los fraudes.

F. DAGUERRE.

LEA USTED "EL MUNDO."

Así se llama un bonito y elegante wals del compositor Sr. Gesu Gavanti, quien tuvo la bondad, que mucho agradecemos, de obsequiar con la dedicatoria

de esa pieza, al Director y Redactores de EL MUNDO ILUSTRADO.

Mucho agradece esta Redacción el envío del Sr. Gavanti y sólo sentimos que obligados á él como estamos, no nos sea dable elogiar como lo merece su muy lograda composición musical.

PARIS SE DIVIETE

UNA MANIFESTACION DE LOS ESTUDIANTES FRANCESES.

Habiendo ordenado la autoridad la tala de los árboles en el Quai d'Orsay, los estudiantes, disfrazados, hicieron una manifestación de protesta, y á guisa de banderas llevaban árboles de papel que plantaron en los lugares que ocupaban los árboles arrancados.

PLANO TOPOGRAFICO DE LA CIUDAD DE OAXACA.

Publicamos en la pág. 387 una reproducción hecha en nuestros talleres del Plano de la Ciudad de Oaxaca, últimamente levantado con motivo de las obras de Saneamiento, próximas á emprenderse en aquella localidad.

Este trabajo, obra de los Ingenieros militares Franco y Ruelashonra á sus autores, tanto más, cuanto que ha sido llevado á cabo con sus propios esfuerzos, siendo Oaxaca la única ciudad en la República que haya logrado tener un Proyecto de Saneamiento sin costo ninguno para ella. En México estos mismos trabajos, que podríamos llamar preparatorios, han costado á la Municipalidad más de \$60,000.

El plano que hoy reproducimos forma parte de dicho Proyecto, perfectamente estudiado y detallado en otros Planos, mas que por falta de espacio no publicamos y que serán sometidos por sus autores al examen del Consejo Superior de Salubridad; pues desean que dicho Proyecto llene todos los requisitos prescritos por la Ciencia Sanitaria.

Tenemos noticia de que dicho trabajo ha merecido los elogios de nuestro Primer Magistrado á quien le fueron presentados, y natural nos parece que así haya sido, pues justo apreciador de todo lo que encierra algún mérito, ha alentado siempre toda empresa que tienda al mejoramiento del país.

La importancia de las obras que se pretende ejecutar es notoria, pues la estadística nos demuestra con datos irrefutables la benéfica influencia que han ejercido en otras ciudades en las que se han ejecutado

obras semejantes, disminuyendo de notable manera la mortalidad.

Oaxaca, á pesar de sus excelentes condiciones naturales, se halla sin embargo en malas condiciones higiénicas debido al abandono con que antes se veía tan importante cuestión; su mortalidad anual, según estudios que hemos tenido á la vista y que comprenden un periodo de diez años, es de 45.75 al millar, muy poco inferior á la de la Capital de la República que es de 47.

Situada la ciudad en el hermoso valle de su nombre, en el extremo de un contrafuerte que se desprende de la cordillera de San Felipe y á una altura de 1,536 metros sobre el nivel del mar, es por su clima y por su situación topográfica uno de los lugares más agradables para la vida, que hace más agradable aun el buen carácter de sus habitantes. En la actualidad cuenta con cerca de 35,000 repartidos en 1,826 casas. Las calles son rectas, abiertas en sus extremos y con pendientes medias del 2 por ciento, lo cual facilita en extremo la salida de sus desperdicios. Actualmente éstos son depositados en fosas fijas en malas condiciones en el interior mismo de las casas, lo cual constituye focos constantes de infección, que, unidos al mal servicio de aguas, son la causa de la mortalidad relativamente crecida de la población.

El proyecto del Sr. Mayor de Ingenieros Rodolfo Franco, procura el remedio á todos estos males, pues comprende no sólo el establecimiento de un buen servicio de aguas, como base principal de la salubridad, y para el cual se proyectan obras importantes, como el establecimiento de una presa y la entubación de las aguas, sino la fácil y pronta salida de todos los desperdicios y arreglo de los pavimentos, obras todas que, una vez realizadas, harán de Oaxaca una ciudad modelo desde el punto de vista sanitario.

El costo total de las obras no será mayor de... \$ 1,000,000.00 cs. y sabemos de varias Compañías dispuestas á proporcionar al Gobierno de aquel Estado los fondos necesarios por medio de un empréstito en ventajosas condiciones puesto que casi en su totalidad serán cubiertas las anualidades necesarias con los productos de las obras mismas.

Ojalá que el éxito corone los esfuerzos de los iniciadores de estas obras que tan benéfica influencia han de ejercer en el porvenir de aquella ciudad, cuyos males han preocupado al Gobierno de aquella Entidad Federativa, que hace cuanto puede por evitarlos en el porvenir, alentando proyectos como el presente, que será uno de los mejores legados de la honrada Administración del Sr. General Martín González.



UNA MANIFESTACION DE LOS ESTUDIANTES FRANCESES.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

LA CONFERENCIA DE LA PAZ.



—General, tanto que celebro conocer á usted!.....
—Señor embajador..... soy su servidor.....

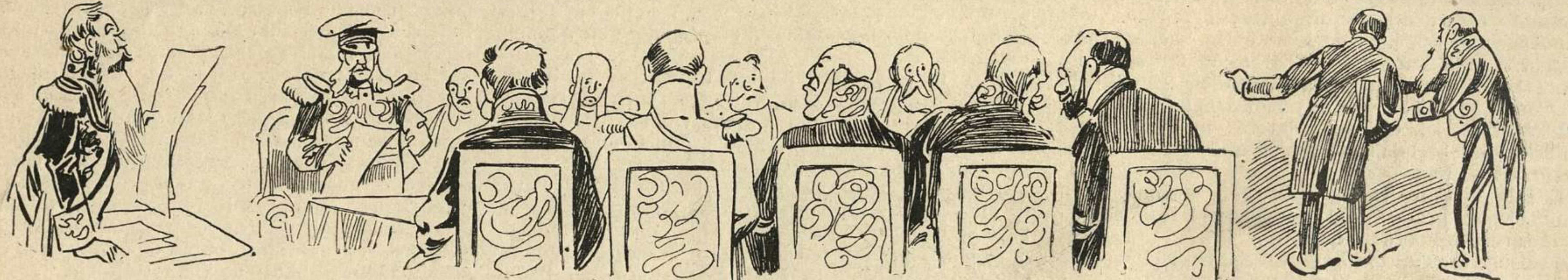
—Milord, ¿cómo están esas señoras?
—Yes..... ¿qué señoras?
—S. M. la reina de Inglaterra y sus augustas hijas.

—¿Y vuestro excelente monarca?
—Como siempre.
—¡Vaya! ¡vaya!

Si graciosa Majestad la reina Guillermina nos invita á un banquete para esta noche.....

—¿Ha ido Vuestra Excelencia á Harlem.

—No..... pero iré mañana á Saardam para ver la cabaña de Pedro el Grande. (Señales de aprobación. Gritos: ¡Viva Rusia!)



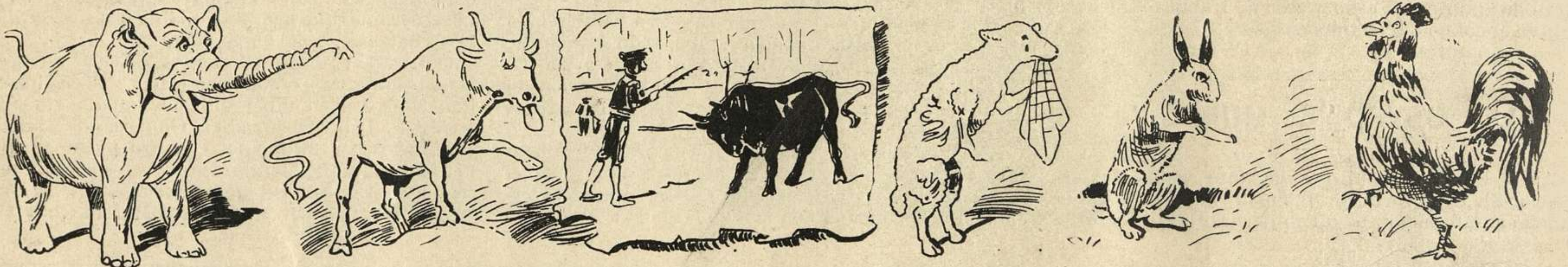
El Presidente.—Señores: el tiempo corre..... y ya es hora de terminar esta conferencia, nacida de una idea sublime.

El Embajador Suizo.—Por nuestra parte estamos dispuestos á hacer en nuestra flota las reducciones necesarias. [Aplausos.]

El Presidente.—He ahí un gran paso..... ¿Nadie pide la palabra?

(El Embajador francés dice algo en voz baja al de Alemania.) Este exclama: Jamás!
El Embajador francés.—Entonces, nada tengo que hacer aquí.

—A dónde va usted, señor Embajador francés, ¿no se ha convenido en no tratar cuestiones enojosas?



A su vez los animales han organizado una conferencia. No quieren que el hombre los torture. Todos acuden convocados por el elefante.

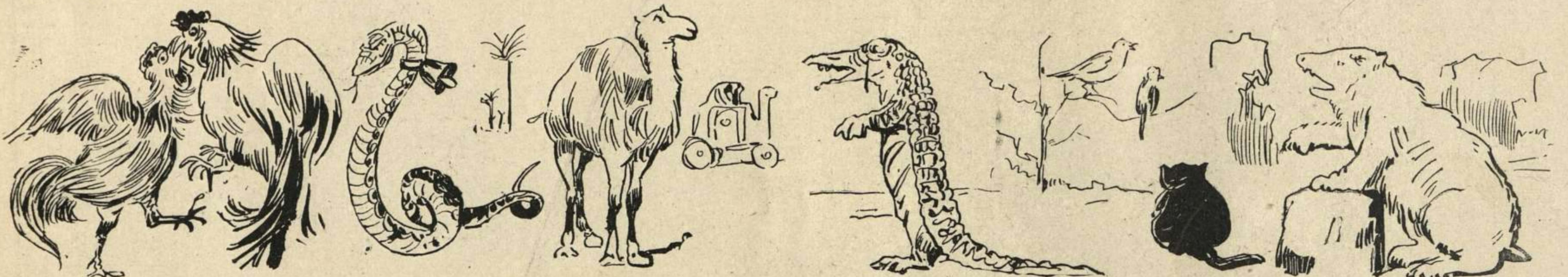
El toro pide la supresión de las corridas ó la atenuación de su barbarie.

—(Se adopta únicamente la supresión de la suerte de banderillas.)

El carnero bala en contra de las costillas asadas.

La liebre protesta contra el gusto que tienen los hombres por el «civet.»

Un gallo francés declara que ya no peleará en las plazas, puesto que se le reconoce su gran superioridad sobre los gallos extranjeros.



Y habiendo protestado un gallo inglés se traba la lucha. Una serpiente de cascabel logra á duras penas restablecer el orden.

El camello pide que se le reemplace en los caminos del desierto por los camellos-automóviles.

Un cocodrilo de Egipto protesta contra la ocupación de las fuerzas inglesas así como contra la detestable demanda de portamonedas forradas con su piel.

Un pájaro pide que los gatos respeten los derechos de todas las aves.

El oso blanco propone la supresión de las exploraciones al Polo Norte, causa eterna de conflictos.

[Originales de Henriot]

UNO DE LOS HOMBRES DEL DÍA.

Deroulede arengando á sus admiradores en el cobertizo de un velódromo.

En todo el mundo y todo el mundo habla hoy de M. Deroulede, el autor de los «Cantos del soldado,» el boulangista de ayer y el anti-parlamentarista de la agitación actual. En efecto, por un fenómeno de superfetación social, las sesiones de la Corte de Casación en que se ha tratado la gran cuestión, la gran infamia, deberíamos decir, de la sentencia condenatoria del enjaulado en la Isla del Diablo; el affaire que dió origen á tanto escándalo pasa inadvertido casi, mientras en otro tribunal se juzga y se absuelve con gran contentamiento y entre los hurras de la chusma á ese mismo Deroulede que tomó como pretexto el affaire para hacer una de sus ruidosas correrías por la política de club.

Hemos escogido con deliberado propósito este excelente dibujo que retrata la fisonomía del impertinente revoltoso francés, arengando á su clientela compuesta del vulgo de condecorados inscritos en la «Liga de los Patriotas.» Es una de tantas reuniones en las que el orador de club, ese tipo tan genuinamente francés, encuentra en las veleidosas multitudes su fuerza de apoyo y de impulsión á la vez, puesto que por reciproca influencia, el auditorio fanatizado enardece al orador.





LA TELA DE ARAÑA.



CUENTO GRIS.

Hacia rato los cuatro médicos charlaban con bastante viveza. Al principio se refirieron casos extraños y difíciles. Y á propósito de uno de estos casos, pasaron á contarse, entre cuchicheos, risas y exclamaciones, historias de oprobio y deshonra, á ellos reveladas en el seno de las familias: crímenes ocultos, de amor la mayor parte; secretos vergonzosos de codicia y lujuria; todas las insanías, fealdades y tristezas del barro hecho hombre. Cada uno, psicólogo y médico á la vez, fué sacando de su museo particular, llevado en la memoria, las piezas más raras: algunas miserias peregrinas, pálidos jirones de cuerpos y muchos andrajos de almas.

Al mismo tiempo hablaron de lo arduo y fatigoso de la profesión, fuente inagotable de hastío, de noches de insomnio, de placeres truncados, de infinitas privaciones y mil disgustos, como viajes emprendidos en toda época del año y á toda hora, lluevan llamadas de sol ó baje de los cielos agua á torrentes.

Dijeron también de la comedia por ellos representada á los ojos del vulgo, incapaz de medir y recompensar los esfuerzos del clínico; y entonces recordaron las acusaciones terribles de que es víctima el médico, los injustos reproches que el médico está condenado á oír en boca de los clientes, como si no le bastara su propio desconsuelo ante la vanidad de las cosas y el vacío del saber, cuando una vida de hombre se le va de entre las manos y nada impide á la sangre dormirse en las venas, á los ojos llenarse de sombras y la inteligencia caer, como débil llama tremulante, en un pozo de aguas negras y profundas.

—Pues yo—dijo con esta ocasión el más joven de los cuatro médicos—he oído las acusaciones más disparatadas y los reproches más duros. Bástame haber siempre ejercido en campos y aldeas, pues nada hay tan difícil como llevar á las almas de campesinos y aldeanos, con la excusa para nuestros errores, la idea de lo menguado y relativo de nuestra ciencia. En los comienzos de mi carrera, á cada paso recibía yo una granizada de reproches, y cada vez me atormentaba estudiando el modo de evitar el granizo. Colegas más ignorantes y menos afortunados lo evitaban. ¿Por qué no podía yo hacer igual cosa? El adaptarse á un medio requiere algún sacrificio, y el médico hace el de ingenuidad cuando ejerce en aldeas y campos. Será, según los casos, charlatán, brujo, ó algo parecido, excepto lo que realmente es ante la propia conciencia. De no hacer este sacrificio, la abundancia nunca pasará por sus manteles y ha de estar apercebido á huir, á lo mejor y entre las tinieblas nocturnas, del encono y la rabia lugareña.

De todos modos, oí de tiempo en tiempo algunos reproches, pero ya con oídos de mercader. Sólo uno me hirió hondamente, por la manera como se me hizo y las circunstancias que lo acompañaron. Fué simple y espantoso á la vez. Jamás lo olvido, y el recordarlo me llena siempre de escalofríos y vierte en mi alma las angustias y congojas del remordimiento. Tendría yo poco más de un año de establecido en Cantarena, poblachón antipático en donde la fiebre palúdica reina sin la más vaga sombra de enojos rivales. Fuera del nombre, en mi sentir muy bello, Cantarena es lo más antipático del mundo. Ahí fué mi iniciación en la lucha por la vida, mi iniciación en esta existencia de médico, humilde y amarga arrastrada de pueblo en pueblo, sin mejoras de fortuna, sin días claros ni momentos felices sin esperanzas de riqueza y aún menos de renombre. Como es natural suponer, mis principios fueron difíciles: hube de pelear bravamente, deshaciendo intrigas, evitando golpes, burlando armadijos y redes, hasta abrirme un espacio en donde comer tranquilo mi pedazo de pan mojado de lágrimas.

Armadijos, golpes é intrigas eran obra de un colega nuestro, de un farmacéuta de contrabando y del mismo señor cura de Cantarena, quien, no contento con ser médico de almas, aplicábase á curar el cuerpo de los míseros pecadores, pero con tan mala suerte, que las almas íbansele en derechura á las copas y los dados, en tanto se les escapaban los cuerpos ca-

minito del sur, hacia el paraje más hermoso y útil de los contornos, lleno de piedras albas y cujies de anchos doseles, coquetón cementerio blanco y verde, paramentado de rojo cuando florece el cujial sobre las tumbas.

Por lo demás, ninguna ventaja les lleva Cantarena á los otros pueblos comarcanos. Tiene el mismo aspecto ruin y pobre. El núcleo de la población lo forman dos calles, muy rudimentaria una de ellas. Las demás castúchas del pueblo se alejan de ese núcleo, desparramándose desigualmente como las aves más cautelosas y esquivas de una misma bandada. En el pueblo, como en sus habitantes, igual tristeza y desmedro: caserones caídos para no alzarse nunca más; casas abandonadas para siempre, cuando apenas comenzaban á levantarse del suelo; hombres de treinta años con aires de adolescentes marchitos, sin un pelo en la barba, ni un rastro de fuerza en los músculos; y en casi todas las puertas, ó jugando con el polvo de la calle, niños menguados, pálidas flores de anemia, de piernecitas graciles como hilos, vientres enormes, párpados espesos y labios lastimosos, pobres labios en donde no abren las rosas de la salud, ni rompen las risas frescas y radiantes, ni cantan sino los besos de la fiebre. Es la desolación de los hombres en medio á la infinita desolación de las cosas. Nunca pienso en esos lugares, en donde forzosamente vivo y trabajo aún, sin representarme la patria como un vasto desierto, á cuya tristeza y esterilidad concurren de fantasmas; el fantasma color de sangre de la guerra civil y el lívido, y no menos odioso, fantasma de la fiebre.

Este último jamás abandona á Cantarena: mantiénesse en acecho en cada hogar de campesino, espiando, con sus ojos de llamas, los ojos próximos á extinguirse para siempre, señalando, con sus dedos convulsos, las manos encallecidas próximas á caer contra las paredes de un ataúd muy pobre, pintarrajeado de negro.

A veces pasa como una ráfaga de muerte, y mientras unos caen para no alzarse jamás, otros emigran, huyendo del azote. En una de estas ocasiones fuí llamado á una casita algo distante del lugar. Para llegar hasta la casa, débese orillar primero una laguna situada al noroeste de la población, y luego seguir en una senda fangosa, de bordes llenos de maleza.

Los habitantes de Cantarena ven esa laguna con ojeriza y rencor no infundados: dicen que de ella salen fiebres como del mar nubes. Sin embargo, después del cementerio, la laguna es lo más hermoso de

los alrededores. Al menos hacia la tarde es una gloria verla copiar, en el fondo de sus aguas dormidas, el incendio del crepúsculo; y es casi casi una delicia por las noches serenas, cuando de sus aguas verdosas y del matorral de sus orillas álzase vibrando en el aire transparente el coro monótono y dulce de su pueblo de ranas. Primero son tres, cuatro, cinco ranas que interrumpen el silencio con su croar continuo; después agréganse otras, y otras, hasta formarse un gran orfeón lloroso como de infinitas plañideras que marcharan tras un convoy fúnebre, perdido en las sombras.

Era mediodía cuando me llamaron. Apenas pude, monté á caballo y me dirigí á la casa, habitación de una vieja mulata, de mucho antes cliente mía, y de un hijo suyo. Este era el enfermo. La vieja, de nombre Paula, hacía apenas un año era envidiada, en el pueblo, de todas las madres, por tener tres hijos buenos y dóciles como si fueran corderos, y á la vez tan sanos y robustos como los toros salvajes. Pero, hacía un año precisamente, la guerra habíale matado el mayor. El segundo, honrado y trabajador como los otros, era el mala cabeza de la familia: la daba de cuando en cuando por beber, y entonces volvíase loco, armaba pependencias monumentales y era la zozobra y consternación de la aldea. En una reyerta, provocada por él, halló la muerte poco tiempo después de morir el primogénito.

Y así fué como la pobre madre quedó con un solo hijo. La tristeza nacida de su doble é irreparable pérdida se fué cambiando poco á poco en amor abnegado y sin límites para el hijo sobreviviente. Lo rodeó de sus mejores ternezas, lo convirtió en ídolo y como á un dios lo adoraba.

Era un amor lleno de angustias y temores. Al ver en su hijo el menor indicio de enfermedad, sobresaltábase, y sobresaltada, no sin razón, vino á mi encuentro aquel día. El hijo, fuerte mocetón de veinte años, de ojos claros y piel oscura, tenía la fiebre. El caso me pareció un caso vulgar. Sólo hallé algo congestionado el rostro y oí en el pecho algunos estertores de bronquitis.

—Creo que no hay motivo de alarma, dije á la buena mujer.

Ordené en seguida lo que había de hacerse al enfermo, y partí, prometiendo volver á la tarde, antes de cerrar la noche.

Por la tarde, en efecto, volví, pero la enfermedad no ofrecía grandes cambios. Sin embargo, á las reiteradas preguntas de la vieja, contesté:

—Me parece mejorcito. Y pensando volver al día siguiente con el alba, me despedí, ansioso de llegar á donde ya me esperaban de seguro mis contertulios de todas las noches, dispuestos á dar principio á nuestras habituales partidas de dominó, eternas y bulliciosas.

Muy tranquilo y confiado llegué, en la mañana siguiente, á la casa. La vieja, de piés é inmóvil en la puerta, veía con rara tenacidad hacia el Oriente, como si esperase algo que estaba por venir, tal vez de la población, tal vez de mucho más lejos. No se movió para venir á mi encuentro. Sin fijarme en su actitud enigmática, y mientras me apeaba del caballo, le dí los buenos días y le pregunté, en tono de voz casi alegre, por el enfermo.

—Me parece mejorcito, contestó la vieja, pero sin dar un paso, ni dejar de ver, con los ojos muy fijos, en dirección del Oriente. Después de lo que voy á contar fué cuando caí en la cuenta de que la vieja repitió con fidelidad implacable mis últimas palabras de la víspera.

Suponiendo que Paula me seguiría en lo interior de la casa, penetré en ésta, y fuí sin vacilar hasta el cuarto del enfermo. Rodeado de mujeres que rezaban en voz baja, y en medio de algunas luces estaba mi cliente, muerto durante la noche.

Ante aquel espectáculo, oyendo todavía las palabras de la vieja, y recordando su actitud, sentí algo terrible y confuso: fué como la sensación de una bofetada, capaz de reducirme á polvo, é inmediatamente después, la sensación de un miedo infinito, obedeciendo á la cual salí sordo y ciego de la casa, monté á caballo aún no sé cómo,





la beldad más perfecta que había visto en mi vida.

Sucedió, pues, que un domingo en que esperaba los víveres de la quincena, éstos llegaron muy tarde. En la mañana me decía yo: «Este retardo se debe á la fiesta de la misa mayor;» después, al medio día, hubo una fuerte tempestad y pensé que el mulo no habría podido ponerse en marcha á causa del mal estado de los caminos. Por fin, á las tres de la tarde, despejóse el cielo, la montaña quedó reluciente de agua y de sol, y entonces oí, entre el ruido de las gotas que caían del follaje y el desbordamiento de los arroyos henchidos, los cascabeles del mulo, tan alegres, tan repicadores, como un gran campanario en un día de Pascuas. Pero no era el pequeño *miarro* ni la vieja Norade quien venía. Era... adivinad quién venía!... Nuestra señorita, hijos míos! nuestra señorita en persona, sentada entre los cestos, erguida, sonrosada por el aire de las montañas y por la frescura de la tempestad.

El pequeño estaba enfermo, la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La bella Estefanía me lo dijo, al bajar de su mulo, y me dijo también que llegaba tarde porque se había perdido en el camino; mas al verla en traje de domingo, con sus cintas floreadas, con su falda brillante y sus encajes, creiríais que más bien se le había pasado el tiempo en alguna danza y no buscando el camino entre los matorrales. Oh! la pequeña beldad! Mis ojos no se cansaban de mirarla. Es cierto que nunca la había visto de tan cerca. Algunas veces, en invierno, cuando bajaban los rebaños á la llanura, al entrar yo á la granja á cenar atravesaba ella la sala, de prisa, sin hablar con los sirvientes, siempre adornada y un poco altiva... Y ahora, ahí la tenía ante mí, sólo para mí; ¿no bastaba esto para que yo perdiera la cabeza?

Después de sacar del cesto las provisiones, Estefanía se puso á mirar curiosamente en su alrededor. Y levantando un poco su hermosa falda de domingo, que hubiera podido mancharse, entró al redil, quiso ver el rincón en donde yo dormía, el camaranchón de paja con la piel de carnero, mi gran capa colgada al muro y mi fusil de chispa. Todo esto la divertía.

—¿Luego es aquí donde vives, mi pobre pastor? Cómo debes de fastidiarte, siempre solo! ¿Qué es lo que haces? ¿En qué piensas?

Yo tenía ganas de contestar: «En vos, señora,» y no habría mentido; pero mi turbación era tan grande que no podía hallar una sola palabra que decir. Creo que ella notó esto y que la cruel se complacía en aumentar mi confusión con sus malicias.

—Y la buena amiga, pastor, sube á verte algunas veces?... Ella es, sin duda, ó bien la cabra de oro ó esa hada Esterelle que solo camina en las cumbres de las montañas....

Y al hablarme así, me parecía el hada Esterelle, con la encantadora burla de su cabeza inclinada y aquella prisa por irse que hacía de su visita una aparición.

—Adios, pastor.
—Salud, señora.

Y he ahí que parte llevándose los cestos vacíos.

Cuando desapareció en el sendero que bajaba, me parecía que los guijarros, rodando bajo los cascos de su cabalgadura, me caían uno á uno sobre el corazón. Y así estuve escuchando mucho, mucho tiempo, y hasta la caída del día permanecí como aletargado, sin atreverme á hacer un movimiento de miedo de que mi sueño se escapara. Hacia la noche, cuando el fondo de los valles comenzó á tornarse azul, y las ovejas, balando, se atropellaban para entrar al redil, oí que se me llamaba desde la pendiente, y ví aparecer á nuestra señorita, no ya sonriente como antes, sino temblando de frío, de miedo, empapada en agua. Sucedió que al bajar la colina, había encontrado crecido el Sorgue con la lluvia de la última tempestad, y que al intentar vadearlo, estuvo en peligro de ahogarse.

Lo terrible era que á tal hora fuese inútil pensar en volver á la granja, porque el camino de travesía no podría seguirlo ella sola y yo no debía abandonar el rebaño. La idea de pasar la noche en la montaña le atormentaba, sobre todo á causa de la inquietud de los suyos. Yo la tranquilizaba lo mejor que podía.

—En Julio las noches son cortas, señora... Esto será un momento, malo, pero pronto pasará.

Y en un instante encendí un gran fuego para secar sus piés y su ropa impregnada del agua del Sorgue. Luego le traje leche y queso, pero la pobre niña no pensaba ni en calentarse ni en comer, y al ver las gruesas lágrimas que subían á sus ojos, yo también tenía deseos de llorar.

Había llegado ya la noche. En la cresta de las montañas, sólo quedaba un rastro de sol, un vapor luminoso del lado del poniente. Yo quería que nuestra señorita entrase al redil á descansar. Y habiendo extendido sobre la paja fresca una linda piel nueva, le dí las buenas noches, y fui á sentarme fuera, delante de la puerta.... Dios es testigo de que, á pesar del fuego de amor que me quemaba la sangre, no vino á mi mente ningún mal pensamiento; nada más sentía orgullo al pensar que en un rincón del redil, junto al rebaño curioso que la miraba dormir, la hija de mis señores,—como una cordera más preciosa y más blanca que las demás—descansaba, confiada á mis cuidados.

Nunca el cielo me había parecido tan profundo, tan brillantes las estrellas.... Súbitamente se abrió la claraboya del redil y salió por ella la hermosa Estefanía. No podía dormirse. Las ovejas hacían un ruido extraño al remover la paja, ó balaban entre sueños. Prefería estar cerca del fuego. Entonces puse una piel sobre sus hombros, activé el fuego y permanecimos, uno cerca del otro, sin hablar.

Si alguna vez habéis pasado la noche á la intemperie, sabréis, sin duda, que á la hora en que dormimos despierta un mundo misterioso en la soledad y el silencio. Las fuentes cantan con mayor claridad, y los estanques encienden sus pequeñas llamas. Todos los espíritus de las montañas van y vienen libremente, y hay en el aire deslizamientos, ruidos imperceptibles, como si se oyese á los árboles crecer, y brotar á la yerba. El día es la vida de los seres, la noche es la vida de las cosas. Cuando no se tiene la costumbre, eso causa miedo.... Por eso nuestra señorita estaba trémula y se acercaba más á mí al menor ruido. De repente un ruido prolongado, melancólico, que salía del estanque, subió hasta nosotros, ondulando. En el mismo instante una hermosa estrella errante se deslizó sobre nuestras cabezas en la misma dirección, como si esa queja que acabábamos de oír llevase una luz consigo.

—¿Qué es eso? me preguntó en voz baja Estefanía.

—Una alma que entra al Paraíso, señora, é hice el signo de la cruz.

Sañiguóse ella también, y permaneció un momento con la cabeza levantada, absorta. Después, me dijo:

—¿Es cierto lo que dicen, pastor, que vosotros sois hechiceros?

—Nada más falso, señorita. Pero aquí vivimos cerca de las estrellas, y sabemos lo que en ellas pasa mejor que las gentes de la llanura.

Ella seguía mirando hacia arriba, con la cabeza apoyada en la mano, y envuelta en la piel de carnero parecía un lindo pastor celeste.

—¿Cuántas hay! ¡Y qué bellas! Jamás había yo visto tantas... ¿Y tú sabes sus nombres, pastor?

—Y cómo no, señora... Mirad! Sobre nosotros precisamente está el *camino de Santiago* (la vía láctea.) Va derecho desde Francia hasta España. Santiago de Galicia lo trazó para indicar su ruta al bravo Carlomagno cuando hacía la guerra contra los sarracenos. Más lejos veréis el *Carro de las almas* (la osa mayor) con sus cuatro ruedas resplandecientes. Las tres estrellas que van delante son las *Tres bestias* y la pequeña junto á la tercera de ellas es el *Carrero*. ¿Véis en derredor de esa lluvia de estrellas que parece que caen? son las almas que el buen Dios no quiere para sí.... Un poco más abajo, mirad los *Tres Reyes* (Orión.) Es el reloj de los pastores. Nada más con mirarlo sé que ha pasado la media noche. Un poco más abajo, siempre hacia el Sur, brilla *Juan de Milán*, la antorcha de los astros (Sirius.) He aquí lo que cuentan los pastores sobre esa estrella. Parece que una noche *Juan de Milán* con los *Tres Reyes* y la *Pléyade*, fueron invitados á las bodas de una estrella.

La *Pléyade*, más impaciente, partió, se dice, la primera, y tomó el camino alto. Mirad allá arriba, en lo mas alto del cielo. Los *Tres Reyes* tomaron un camino bajo de travesía, le cortaron la vuelta y la alcanzaron; pero ese perezoso *Juan de Milán*, que había dormido mucho, se quedó muy atrás, y furioso, para detenerlas, les arrojó su bastón. Por esto los *Tres Reyes* se llaman también el *Bastón de Juan de Milán*.... Pero la más bella de todas las estrellas, señora, es la nuestra, la *Estrella del Pastor*, que nos ilumina en la madrugada cuando sacamos el rebaño, y también en la tarde cuando entramos con él. También lo llamamos la *Maguelonne*, la bella *Maguelonne* que corre en pos de *Pedro de Provenza* (Saturno) y se casa con él cada siete años.

—¿Cómo! pastor, ¿qué hay matrimonios de estrellas?

—Y ¡cómo no los ha de haber, señora!

Y al querer explicarle lo que son estos matrimonios, sentí que algo fresco, fino, pasaba sobre mi pecho. Era su cabeza, cargada de sueño, que se apoyaba en mí con un delicioso frú-frú de cintas, de encajes, y de cabellos ondulados. Así permaneció, inmóvil, hasta que los astros del cielo palidieron, esfumados por la luz que subía.

Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mi sér, pero santamente protegido por la clara noche que nunca me ha traído sino bellos pensamientos.

En nuestro derredor, las estrellas seguían su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño, y á veces me figuraba que una de esas estrellas, la más fina, la más brillante, desviada de su camino, había venido á apoyarse en mi pecho para dormir.

ALFONSO DAUDET.

y á todo el correr de mi cabalgadura partí como el criminal perseguido de cerca por la justicia.

No exagero. Durante algún tiempo fuí víctima de ese terror pánico. No se me apartaban de la memoria el dicho y la actitud de la vieja mulata. A cada instante resonaban en mi oído aquellas palabras, indiferentes en la superficie, mientras en el fondo eran bofetones de sarcasmo, rehiletes de ironía, cisternas de amargura. A cada instante veía yo de nuevo la imagen de aquel rostro impassible y duro, como de bronce, y aquellos ojos reseco, de mirada lúgubre y fija.

Pero en la actitud de la mujer no había sólo un reproche dirigido á mi ignorancia ó ligereza: había otro reproche vagamente formulado por las entrañas rotas de la madre. Quizás la duda abría por la primera vez sus flores negras en aquella alma simple. El cura del pueblo, en sus cortas pláticas del domingo, y un libro de oraciones, en sus páginas, le habían hablado muchas veces de una Providencia que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo; y tal vez preguntábase, la infeliz, por qué esa misma Providencia, cuidadosa con aves y lirios, permitía su desamparo y dolor, privándola en breve tiempo de su única riqueza y de todos sus amores en el mundo, de los tres hijos orgullo de su vida, vivas memorias de su juventud, apoyo de su vejez, pan de su cuerpo y alegría de su alma.

Días más tarde, Paula abandonó la casa, testigo de su infortunio, y se fué, quién sabe á dónde, sola, miserable y sola, con su carga de años y tristezas.

Y mientras estuve en el pueblo, siempre me sobrecogió al pasar junto á la casa desierta, una desazón invencible, á veces torturante, sobre todo por la noche, cuando se oía á lo lejos el canto de las ranas, monótono y dulce, y cerca de mí infinitos cocuyos voladores sembraban de estrellas la sombra de los matorrales.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.

LAS ESTRELLAS.

Narración de un pastor provenzal.

--Del libro «Cartas de mi molino.»--

Cuando era yo pastor en el Luberon, se me pasaban, á veces, semanas enteras sin ver alma viviente, solo en el redil, con mi perro Labí y mis ovejas. De tiempo en tiempo el eremita del monte de Ure llegaba hasta allí buscando yerbas medicinales; á veces pasaba ante mis ojos la faz negra de algún carbonero del Piamonte. Todas estas eran gentes candorosas, calladas, en fuerza de vivir en eterna soledad, gentes que habían perdido el gusto de la conversación y que, por otra parte, nada sabían de lo que se dice abajo de la montaña, en las villas y las aldeas. No parecerá extraño, pues, que cada dos semanas, cuando oía en el camino ascendente las campanillas y cascabeles del mulo que traía las provisiones de la quincena, y cuando veía poco á poco aparecer sobre la colina la traviesa cara del pequeño *miarro* (mozo de la granja) ó la cofia de la vieja tía Norade, me sintiera verdaderamente feliz. Hacía que me contaran las nuevas de la región de abajo, bautismos y matrimonios, pero lo que más me interesaba, era lo que me decían de la hija de mis amos, de la señorita Estefanía, la más linda moza en diez leguas á la redonda. Sin aparentar interés alguno, preguntaba, como al azar, si concurría á fiestas y bailes, si llegaban nuevos galanes á cortejarla; y á todos los que querían saber la importancia que para mí tendrían estas cosas, les diré que yo era un mozo de veinte años y que Estefanía era



DE "EL TRÓPICO"



ELVERO



Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz;
Los perros ladran, un chico grita,
Y una muchacha gorda y bonita
Junto á una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
Sus herramientas y su morral,
Otro con cacles y sin sombrero
Busca una vaca con su ternero,
Para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha,
Que de la piedra pasa al fogón,
Un sabanero de buena facha,
Casi en cuclillas afila un hacha,
Sobre una orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
Bajo del cielo claro y sin fin,
Allí el ganado las hojas muerde,

Y hay en los tallos del pasto verde
Escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
Pasa el vaquero, y á plena luz
Vienen las vacas y un blanco toro
Con unas manchas color de oro
Por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona bate que bate,
Me regocija con la ilusión
De una gran taza de chocolate
Que ha de pasarme por el gatzate
Con las tostadas y el requesón.

RUBEN DARIO.

ROMANCE DE CAMPANARIO.

Llevaba al pecho, pendiente
de roja cinta de seda,
una cruz de San Fernando,
como galardón de guerra.
Y asomaban á su rostro,
cubierto de piel morena,
las alegrías del alma
y la paz de la conciencia.

Nunca su ánimo turbaron
el fragor de la pelea
ni las roncadas tempestades
con que los cañones truenan.
Nunca ante los vencedores
dobló la altiva cabeza.
Nunca humilló á los vencidos.
Nunca en hazañas sangrientas
volvió al peligro la espalda.
Nunca la fría tiniebla
del sepulcro, siempre abierto,
nubló su frente serena.
Y nunca cuando la noche
oscurecía la tierra
y en las alturas brillaban
suspendidas las estrellas,
dejó de abrir su memoria
al recuerdo de su aldeana,

sus labios á la plegaria
y el corazón á Gabriela.

El cielo sin una nube:
verde alfombra en las praderas;
rubias mieses en los valles;
nidios en las arboledas;
mansas ondas en el lago;
dormido el polvo en las sendas;
dormido el viento en los bosques;
allá, la azulada sierra,
y abajo el undoso río
que fertiliza las vegas
y los caseríos blancos
ocultos entre alamedas.

Iba cantando. Muy pronto,
desde la empinada cresta
de la próxima montaña,
que al oriente el valle cierra,
vería los chapiteles
de las torres de la iglesia
y los campanas, inmóviles
bajo sus arcos de piedra;
el humo inquieto, emanando
de las altas chimeneas,

y al extremo de una calle
la casita de Gabriela,
por cuyas paredes suben
trepadoras madre selvas.

Una onda suave de viento
trajo á su oído la queja
de dos campanas de bronce
que tañían lentas, lentas.
Pero el soldado llevaba
de alegría el alma llena.
Creyó que el toque de duelo
era repique de fiesta,
siguió, cantando, el camino,
subió al monte, vió la aldea
que doraba el sol de Mayo,
y aunque oyó desde más cerca
las notas de las campanas
acompañadas y lentas,
aún creyó que sus clamores
eran anuncio de fiesta.
¿Por qué habían de quejarse
las campanas de la iglesia,
cuando sonríen los cielos
y se engalana la tierra,
y los júbilos humanos
hacen de los bronces, lenguas?

Llegó á la entrada del pueblo:
todas las calles desiertas,
todas las casas cerradas,
y allí, por angosta senda
del lejano cementerio
que altos cipreses rodean,
una triste comitiva,
un féretro, una cruz negra,
una neblina de polvo
en cuyo fondo llamean
los blandones encendidos,
y en el féretro Gabriela.
Y las campanas seguían
en su clamor por la muerta.

La alegría del soldado
se trocó en honda tristeza,
su canto en ronco gemido,
la luz del sol en tiniebla,
y entonces supo de cierto
cómo los bronces se quejan,
cuando los duelos humanos
hacen de los bronces, lenguas.

CHRISTIAN ROEBER

Buenos Aires.

ORACION.

(De "Interior.")

I

Madre Naturaleza, los dolores
erizan mi camino como abrojos,
atormentan mis piés con sus rigores
y hacen brotar mi llanto y mis enojos.

Tú no pones, caliendo mis clamores
y acatando amorosa mis antojos,
ni la sedeña alfombra de tus flores
ni un miraje falaz ante mis ojos.

Voy trepando en la cuesta de la vida,
desgarrada mi veste, solitario,
y en mis hombros la carga del Hastío.

Llévame á tu regazo conmovida
¡yo no puedo subir á ese calvario!
¡acógeme en tu seno! ¡tengo frío!...

II

Soñé encontrar dentro la selva oscura
do pasé dando tumbos y sin tino,
el pérsico tapiz de la verdura
y escuchar los gorjeos de algún trino.

Cref mirar en medio á la espesura
el listón del arroyo cristalino

y una Beatriz de angélica blancura
—estrella que me guiara en el camino.

Y sólo encontré breñas y arideces
y escuché pensativo las ternezas
de la Desolación—alondra mustia.—

Ví una mujer de extrañas palideces,
demacrada la faz por las tristezas,
que no era mi Beatriz sino la Angustia.

III

Madre inmortal de todo lo que existe,
hoy tedioso retorno á tu regazo
para dejar en tu gigante abrazo
la andrajosa envoltura que me diste.

Mi pié tanto martirio no resiste,
no queda de mi túnica un pedazo
y se fatiga mi convulso brazo
de sostener el báculo; ¡estoy triste!

Tú prenderás sobre mi tumba fría
á las estrellas cual nocturnas teas
y lloverás la luz del claro día.

Y ya en tu seno, libres de temores,
germinarán potentes mis ideas
con los varios matices de tus flores.

JOSE M. FACHA.



MANDOLINAS.

En el aire apenas vibra la doliente serenata;
caen las notas como gotas de agua de las mandolinas,
como perlas desgranadas en una ánfora de plata
por liliales manos próceres de blancuras nacarinas

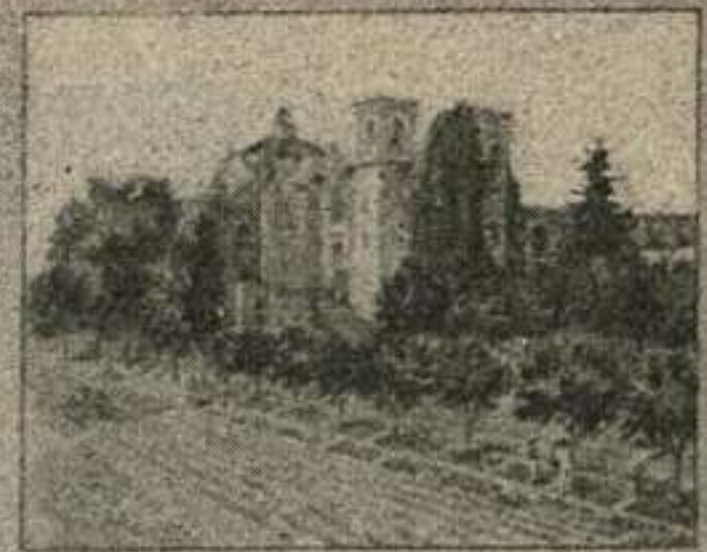
Y se escorzan, dulcemente, las cabezas femeninas,
hay arrullos y caricias en la erótica sonata;
caen las notas como gotas de agua de las mandolinas
y en el aire va muriendo la doliente serenata.

Ya se irguen ruborosas las cabezas venecianas;
Ya se apaga en la distancia la doliente serenata,
y un enjambre bullicioso de parleras golondrinas
en un trémolo postrero de las cuerdas, se desata...

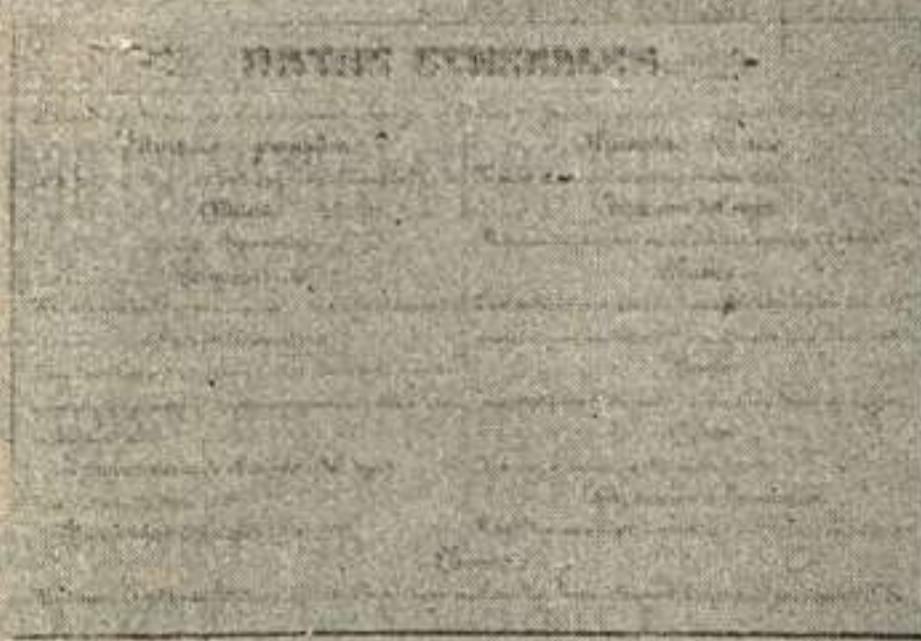
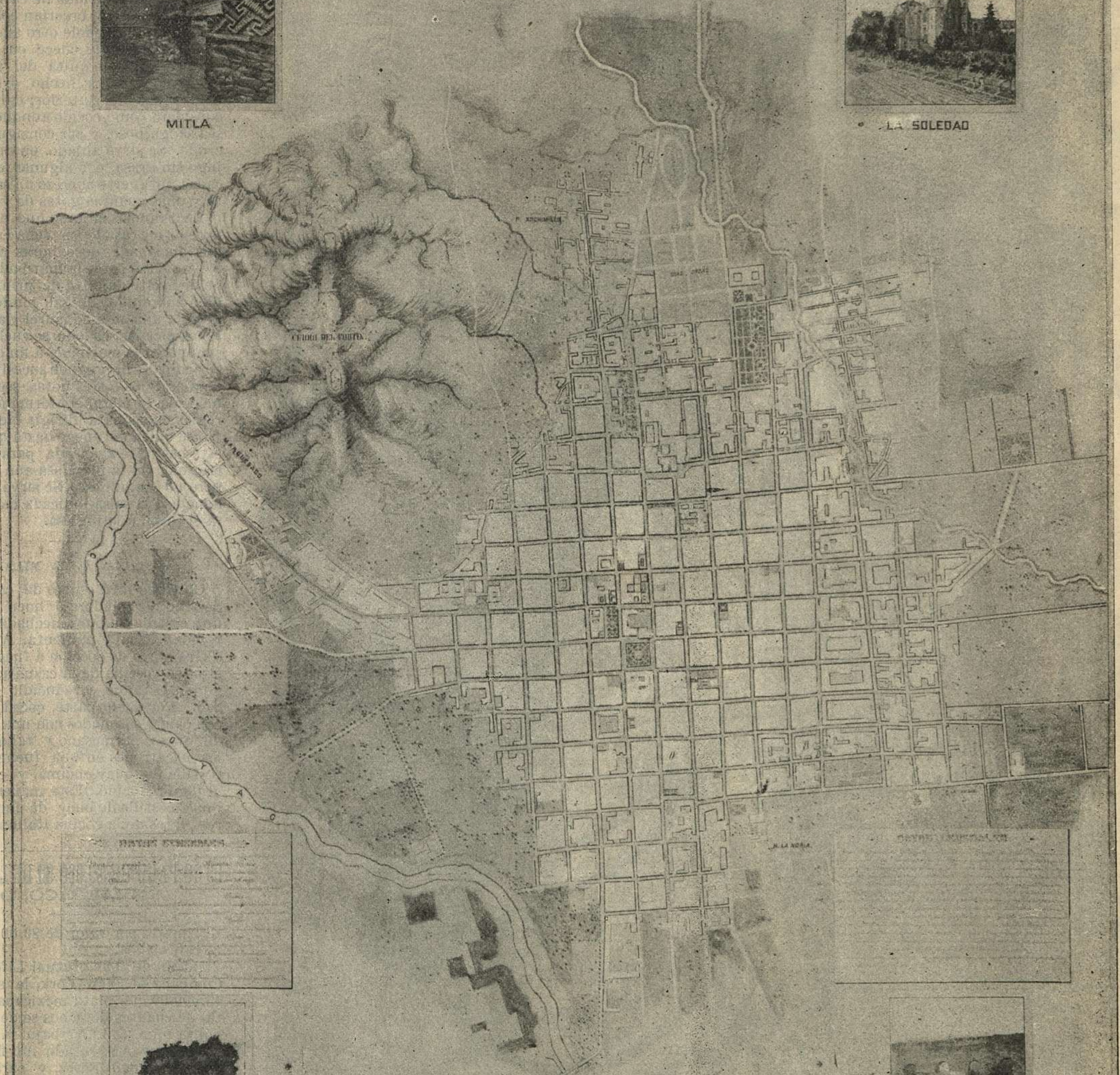
RAFAEL LOPEZ.



MITLA



LA SOLEDAD



ARGOL DEL TULE



LA CASCADA

PLANO TOPOGRAFICO
DE LA CIUDAD DE



FORMADO BAJO LA DIRECCION DEL SEÑOR DON
GENEAL EYLLER

1898

ESCALA 1:10000

Recetas útiles.

ROSBIF.

El nombre de este manjar se escribe comúnmente Rosbif, conforme á la pronunciación de los vocablos ingleses Roast-Beef (buey asado). Así en rigor, todo pedazo de buey asado es un rosbif; pero, en la cocina inglesa, sólo se comprenden bajo este nombre las enormes piezas de buey que se forman de los lomos y solomos del animal, y que pesan según el volumen de este, que sólo puede dar dos, de cuatro hasta doce kilogramos. Semejantes asados, propios para grandes festines, sólo convienen para las comidas donde se reúne mucha gente y donde cada comensal puede consumir, como en Inglaterra, una considerable cantidad de carne.

En Inglaterra, creerían echar á perder el rosbif añadiéndole otro aderezo que sal y pimienta. Se le cuece en el asta, con gran fuego; se le quita del asta cuando la cocción le haya hecho perder todo el color rojizo del interior; entonces se le considera cómo cocido aunque en realidad sea sanguinoso, y por consiguiente medio crudo. Se sirve al lado, en una salsera, el jugo sin grasa, con algunas escaluñas picadas, un fuerte aderezo de sal y pimienta y unas cuantas gotas de vinagre.

En Francia, el lomo que nunca forma un enorme asado, se echa en remojo en una marinada doce horas antes de ser puesto en el asta; la marinada se compone de aceite de oliva de primera calidad, bien aderezado con sal, pimienta, perejil picado, una hoja de laurel y algunas escaluñas picadas. El lomo se vuelve de vez en cuando en la marinada á fin de que todas sus caras se impregnen sucesivamente. Se deja asar dos ó tres horas, según el volumen de la pieza, conformándose con las reglas dadas para dirigir bien un asado. No se quita del fuego hasta que la cocina esté bastante avanzada para que el centro solo de la pieza sea aún algo rojizo, pero no sanguinoso. Se sirve el asado de lomo con la salsa indicada más arriba para el rosbif á la inglesa.

COSTILLA A LA MILANESA.

Coced en medio litro de caldo y medio de vino de Madera ó buen vino blanco, una costilla de buey mechada, y bien aderezada con sal y pimienta. Al cabo de dos ó tres horas de cocción á fuego lento, retirad la costilla de la cazuela, pasad el jugo por el tamiz, y reducido hasta la mitad. Por otra parte, coced macarrones con caldo, sazonados con una fuerte dosis de queso parmesano y rallado. Colocad los macarrones en una fuente; poned la costilla de buey encima, y echadle todo el jugo reducido. Esta manera de preparar la costilla de buey, da uno de los mejores platos de la cocina italiana.

OTRO PAGO DE \$3,000.00 DE LA "MUTUA" EN MEXICO, D. F.

Timbres por valor de \$3.00 debidamente cancelados.

Recibí de The Mutual Life Insurance Company of New York, la suma de... \$3,000.00 cts. plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 574,755 bajo la cual y á mi favor estubo asegurado mi fidado esposo Don Trinidad Pérez, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en México, D. F., á 27 de Abril de 1899.

Firmado, MARIA DE T. GROVAS VIUDA DE PEREZ.

Un timbre de \$0.50 cts. debidamente cancelado.

Bernardo Cornejo, Notario Público. Certifico y doy fé, que con esta fecha, y en mi presencia recibió la señora María de Jesús Grovas, viuda de Pérez, en las oficinas de la Compañía de Seguros sobre la vida "LA MUTUA," la cantidad de tres mil pesos á que se refiere el recibo anterior, el cual fué firmado por la misma señora, también en mi presencia.

Y para constancia, extiendo la presente en la ciudad de México, á 27 de Abril de 1899.

Firmado, BERNARDO CORNEJO, N. P.

Página de la Moda



NOTA DE LA MODA.

TUNICA ELEGANTE.

De cuadrillé muy fino de seda, cayendo sobre una falda de tul toda avolantada. Cuerpo blusa con gran aplicación bordada. Camisola de muselina de seda toda plisé. La túnica se abre al frente y va adornada de ahuevados de tul obscuro en ondas y bandas paralelas.